

UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE FILOSOFIA Y HUMANIDADES
DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTORICAS

SACRIFICIOS HUMANOS
Y
CANIBALISMO RITUAL ENTRE LOS ARAUCANOS
(SIGLO XVI)

TESIS PARA OPTAR AL
TITULO DE LICENCIADO EN HISTORIA

IRMA ACEVEDO LLANOS

Prof. Guía: Osvaldo Silva G.

SANTIAGO DE CHILE

1989

AGRADECIMIENTOS

Esta Tesis ha sido posible gracias a la ayuda de mi familia, especialmente a mi madre Sra. Rosa Llanos T. y mis hermanos Rosa Ester y Roberto, quienes me ayudaron desinteresadamente y con mucho cariño.

Agradezco también a la Sra. Cynthia Farnen, bibliotecaria del Departamento de Ciencias Históricas de la Universidad de Chile, a las Sras. Isabel Martínez, Ema Lizana y Nora Hansen, de la Biblioteca, Eugenio Pereira Salas; a la Sra. Silvia Notario, Secretaria del Departamento de Ciencias Históricas de la Universidad de Chile, por su amistad y apoyo; y a mi profesor guía Sr. Osvaldo Silva G. por su ayuda y paciencia que me brindó durante el período de investigación y redacción de esta Tesis.

A mis hijas, Marcela y Constanza

I N D I C E

1. INTRODUCCION
2. CAPITULO I Motivos y significado del sacrificio humano entre los araucanos. Siglo XVI.
3. CAPITULO II Captura de prisioneros y tratamiento que recibían entre los araucanos.
4. CAPITULO III Canibalismo ritual.
5. CAPITULO IV Destino de los despojos del sacrificado.
6. CONCLUSIONES
7. NOTAS Y BIBLIOGRAFIA.

I N T R O D U C C I O N

Los araucanos¹, eran una sub tribu de la gran familia mapuche. Se ubicaban geográficamente entre los ríos Itata y Toltén como sostiene Latcham al decir:

"Al sur de Itata y Toltén, que separa las provincias de Cautín y Valdivia, ocupando el litoral, la cordillera de Mahuelbuta, el llano central y la región subandina, encontramos a un pueblo guerrero, de diferente índole de los de más al norte como igualmente de los de más al sur. En la historia, este pueblo se ha conocido con el nombre de araucano²".

Cuando me decidí a investigar sobre sacrificios humanos y canibalismo ritual entre los araucanos (s.XVI) pensé que me sería difícil encontrar el material disponible para informarme sobre dichos tópicos. Aunque las fuentes y documentos resultaron bastante escasas, logré recopilar lo poco que hay escrito de sacrificios y canibalismo araucano, ya que la base de esta investigación se apoyó casi totalmente en las crónicas de la época. Utilicé también, bibliografía general complementaria, referida a las mismas costumbres en otras partes de América y el resto del mundo, con la finalidad de establecer paralelos entre otras sociedades primitivas y los araucanos. Las conclusiones resultantes fueron, que el acto de sacrificar seres humanos y devorarlos no obedecía a un instinto sanguinario y bárbaro, sino a profundas creencias religiosas arraigadas en la mentalidad de hombres que cumplían fielmente con ritos heredados de generación en generación. Por otra parte, cuando se consumaba el sacrificio y la comida fúnebre, los participan-

tes se nutrían del valor y cualidades de su víctima, ob-
teniendo la unión en carne y espíritu con el sacrifica-
do.

Los araucanos, elegían sus ofrendas humanas, entre los
hombres más valerosos y astutos que capturaban en sus
frecuentes luchas. Con la llegada de los españoles, las
víctimas disponibles aumentaron, y por ello, el recrud-
cimiento de dichas prácticas tomó auge desde 1540 en ade-
lante. Según Tomás Guevara, las ceremonias en que sa-
crificaban a sus víctimas cruelmente, se mantuvieron vi-
gentes hasta el siglo XVIII³. Al parecer, el canibalis-
mo practicado con los prisioneros de guerra en una pri-
mera etapa, (durante el siglo XVI), dejó de efectuarse
y sólo se mantuvo la tortura que finalizaba cuando los
victimarios arrancaban el corazón del mártir para suc-
cionarle la sangre y devorarlo entre los caciques parti-
cipantes⁴.

Cuando reunían un grupo muy numeroso de prisioneros, re-
servaban a los valientes para el sacrificio, y los res-
tantes pasaban a la condición de esclavos. Estos traba-
jaban en faenas agrícolas, junto con las mujeres⁵, o
eran vendidos como mercadería a cambio de alimentos, ani-
males, objetos de adorno personal (collares, pulseras)
u otros enseres⁶. Algunos cautivos, especialmente los
que sabían hacer trabajos manuales como la reparación
de armas, o cualquier otro tipo de trabajo útil a la so-
ciedad mapuche, lograban salvarse de la muerte y vivir
sin sobresaltos entre sus captores, ya que pasaban a ser
miembros de ella⁷.

C A P I T U L O I. MOTIVOS Y SIGNIFICADOS DEL SACRIFICIO HUMANO ENTRE LOS ARAUCANOS, SIGLO XVI.

El acto de matar ritualmente seres humanos entre los araucanos formaba parte del bagaje cultural de las sociedades tribales¹. Durante el siglo XVI, los prisioneros de la tribu, experimentaron una muerte ritual en medio de ceremonias y fiestas en las que participaban uno o varios linajes. Este acto era, además perpetrado ocasionalmente contra miembros del propio grupo étnico, ya fuesen mujeres, niños o ancianos. El jefe de familia, por otra parte, podía ordenar castigos corporales rigurosos en sus mujeres e hijos ya que ejercía su derecho legítimo de propiedad². Socialmente, la mujer era considerada según su capacidad de reproducción y mano de obra; de ahí que su castigo no era recriminado ni por los familiares de la afectada ni por el resto del grupo, puesto que el esposo cancelaba un derecho de progenie³ equivalente a la novia, en animales y tejidos⁴, a los padres de ésta y a los miembros de su linaje⁵. Pareciera que sentimientos de piedad y solidaridad grupal fueron desconocidos por los araucanos. La vida humana era mirada con indiferencia.

Jurídicamente, se regían por la ley del talión, ya que no poseían leyes ni organismos judiciales⁶. Esta ley, se aplicaba inexorablemente sobre sus congéneres y extranjeros, así, por ejemplo, si una mujer abandonaba a su esposo por malos tratos, vejaciones y otra suerte de calamidades, el hombre esperaba pacientemente el momen-

to de vengarse, y en esa idea fija ponía todo su empeño. González de Nájera, sostiene al respecto:

"Y porque se vea que no son menos crueles estos indios entre ellos mismos, en el tomar venganzas de agravios y ofensas, referiré otra exquisita crueldad usada de un indio con una amiga suya". Fue, pues, que habiéndosele huido por un terrible sufrir, y pasándose a uno de nuestros fuertes, tuvo tanto sentimiento el indio, que más por deseo de tomar venganza della que por celos, hizo algunos servicios a los nuestros sirviéndoles de espiá en ocasiones que salían a las tierras de guerra... Mostrándose, pues, este para haber la suya muy solícito y fingido amantelado, obligó de la manera dicha a que se la entregasen, creyendo los nuestros que el haberla procurado con tanta instancia era por sobrado amor que le tenía. Y caminando luego con ella para su tierra en compañía de algunos amigos suyos, al subir de una cuesta la desnudó, y con un cuchillo le abrió el vientre cuanto le puso sacar una tripa, y viéndosela el indio devanando el brazo izquierdo, con la otra mano le iba dando a ratos crueles azotes con unos bejucosa modo de mimbres para que caminase la cuesta arriba, diciéndole: "Perra, con los cristianos os vais: vos pensábades que no hablades de volver a mi poder", haciéndola caminar de tal manera, hasta que el parto de sus tripas le acabó el vital espíritu. Vino al fin a caer muerta, con que el airado indio acabó de vengar su endurecido corazón".

La venganza era un código de honor, por el cual todo hombre ofendido debía cobrarse de las afrendas recibidas ya fuese inmediatamente o con el pasar del tiempo. Agravios, muertes, hechicerías eran traspasadas de generación en generación; de tal forma que el sentimiento de venganza se mantenía latente hasta que pudiera cobrarse, no importando el tiempo que hubiese pasado.

No era extraño que en las borracheras, donde corría la chicha con profusión, dos indios borrachos comenzaran a

insultarse y a darse brutales golpes por afrentas pasadas. Se herían con sus armas por turnos, mientras el primero golpeaba y hería, el segundo sin desmayar ni un instante esperaba que se saciara de herir y golpear, para comenzar a devolver los recibido en los mismos lugares que su propio cuerpo había sufrido⁹.

La pena del talión o thavlonco, de cabeza por cabeza o de tanto por tanto, se cumplía irremediabilmente. Si un hombre mataba a otro, el linaje de la víctima exigía una compensación a su familia; si éste no la tenía procedían a hacerle un malón¹⁰ y recibía la muerte inmediatamente. Podía ser apuñalado, recibir un golpe de maza en la cabeza, o más tarde ser atado por el cuello y arrastrado por un caballo hasta que pereciera¹¹.

Un mayor sufrimiento y tortura recibían los causantes de maleficio o hechicería. casi siempre esta grave acusación recaía sobre indios que no pertenecían al linaje, por lo general eran escogidos los más ancianos sin importarles el sexo. Gómez de Vidaurre señala que:

"Se le amarra entre tres leños clavados triangularmente en tierra. A uno es atado por la espalda i a los dos por las piernas, una en cada uno. Se le pone fuego bajo los muslos, con que le quemán lentamente, hasta que confiese el hecho i los cómplices. El ingélliz, por abreviar el tormento, se confiesa autor de él i declara por compañeros los primeros que le vienen a la mente, tan inocentes como él. Hecha esta falsa declaración, los presentes le traspasan el pecho con un puñal i salen en seguimiento del denunciado o denunciados, a los cuales dan el mismo suplicio, si no le previenen con la huida i se ponen bajo la protección de algún poderoso ulmen¹² que los quiera defender¹³".

El infanticidio, era otro género de sacrificio regular. Las mujeres solteras procedían a matar a sus hijos al momento de nacer. Durante el embarazo se fajaban el vientre y cuando nacía el niño lo estrangulaban con la misma faja o bien lo ahogaban metiéndole yerbas en la boca, o simplemente lo abandonaban en la selva para que lo devoraran las aves de rapaña y otros animales¹⁴. Otras veces, para vengarse del hombre que las embarazó, sacrificaban al infante extrayéndole los testículos y tostándolos al fuego a fin de quitarle la virilidad a quien las había abandonado¹⁵. También eliminaban a los niños que venían al mundo con alguna anomalía física pues creían que huaillepeñ¹⁶ (mito maléfico del agua) los había influenciado y deformado para traer desgracias a la familia. Si nacía un par de gemelos, mataban a uno que denominaban "huele" o demonio que auguraba funestas con secuencias al linaje¹⁷.

Con respecto a los cautivos, en el período prehispánico acostumbraban a sacrificar a quienes pertenecían a otras agrupaciones familiares. Apresados durante sus frecuentes luchas eran reservados para sacrificarlos durante sus fiestas. A los más valorosos se les concedía el honor de ser muertos inmediatamente.

También, aquellos extraños que tenían la mala fortuna de cruzar por territorio de otro linaje y eran sorprendidos en el camino, eran capturados. El que lo cogía pasaba a ser su amo y su suerte quedaba en manos de éste, quien podía, a partir de ese momento, decidir sobre su vida o muerte. Generalmente era presentado ante los indios más importantes y el resto del grupo. Si el

cautivo hacia uso de su inteligencia, podía, mediante un buen discurso impresionar a sus captores y convencerlos de que valía más vivo que muerto; si lograba este objetivo, mataban un "hueque" (carnero de la tierra) en su lugar. Rosales sostiene que:

"Cuando el que quieren matar es algún indio notable o algún soldado valiente, le dan lugar para que hable, y son tan animosos, que aunque ven que los quieren matar, hacen sin turbaciones un elegante razonamiento con gran de arrogancia. Va se (dice el que es valiente) que me traéis a matar; pero no penséis que temo la muerte, que como he sido soldado, siempre la he traído delante de los ojos y he puesto la vida al tablero; no es extraño el morir, porque siempre he despreciado el vivir, y he mirado la vida como la hacienda que se aventura al juego, que si oy se gana mañana se pierde. Y en diversas ocasiones he tenido mis ganancias, porque en tal batalla maté a fulano, y en tal a zutano, ... cautivé tantos y siempre consideré que la fortuna era mudable, y que aviendo ganado tantas veces al juego alguna avía de perder. Ya llegó mi mala suerte. Pero consuéllome con que lo mismo os ha de suceder a vosotros, que si ahora ganáis y me quitáis la vida, mañana avéis de perder, y paientes tengo yo y soldados valientes en mi tierra que os la quitarán a vosotros. Poca valentía es quitarme la vida, atado, a sangre fría y como se le quitáades a un carnero; probad, pues precidís de valientes, a quitármela hombre a hombre, cuerpo a cuerpo y lanza a lanza. Qué fama, qué nombre o qué provecho avéis de adquirir matando a un hombre valiente atado?

Si eso lo hizieran las mujeres, vaya! que es gente sin ánimo y valor. Pero vosotros que blasonáis de valientes, no adquirís con ese nombre, sino que mancháis el adquirido. Más ganareis con darme vida, pues es de valientes perdonar al rendido y de cobardes ser crueles con él. Y no os estará mal el tenerme de vuestra parte, pues habéis experimentado mi valor, mis ardides y mi valentía; que de el buen vino se hace el buen vinagre, y del buen enemigo un amigo; y como yo en tal ocasión hice esta y esta azafa en contra vuestra, sabré hacer las mismas en vuestro favor¹⁸.

Con este razonamiento algunos cautivos lograban seguir con vida; pero la mayoría con menos elocuencia eran sacrificados.

Si por el contrario, había mucha inquina en contra del prisionero, no le daban tiempo para hablar ni defenderse, lo sentenciaban a muerte de inmediato. Le gritaban "lape, lape", muera, muera, hártate de ver el sol que ya no le verás más, morirás y hemos de comer de tus carnes, porque tú me mataste a mi hijo, a mi marido, le decían las mujeres y las viejas. Era conducido hasta el lepún¹⁹ (lugar sagrado) en donde lo sacrificaban. Jerónimo de Quiroga dice:

"Atan al cautivo a un roble en medio de una algaraza y gritarla general, le entregan un cuchillo para que corte de sus carnes y coma, o le van cortando pedazo por pedazo y asándolos, dándoselos a comer, hasta que des - cuartizado pierde la vida"²⁰

En las juntas de guerra a que convocaban para analizar tácticas de ataque o de defensa, muchos cautivos eran inmolados con el fin de propiciar al dios Pillán; también solían sacrificarlos en las reuniones de celebración de victorias, entonces el toqui²¹ que la convocaba debía poseer una cantidad suficiente de prisioneros a fin de consumir los ritos propiciatorios. Si no los tenía, le era permitido comprarlos a otros linajes amigos, o en caso contrario debía invitar como huésped de honor, a otro jefe que fuese dueño de uno o varios prisioneros.

La preparación de la fiesta llevaba muchos días, las mujeres se encargaban de hacer el mudai (muska, cuando es

te licor era más fuerte) y prevenir de todo lo necesario para la algaraza. Nuñez de Pineda relata cómo un joven soldado español fué inmolado en una de estas reuniones para vengar a los familiares y parientes muertos en batalla contra los españoles.

"Grande fué el susto y pesar que recibí, cuando ví venir una procesión tumultosa de demonios en demanda de nuestro alojamiento, con sus armas en las manos, y a un mozo pobre soldado, de los que llevaban cautivos, en medio de ellos, liadas para atrás las manos, tirándole un indio de una sogá que llevaba al cuello...?" El toqui que habla convocado a dicha reunión, ocupaba la cabecera del círculo en el cual se alinearon los demás indios según su rango, portando sus armas, uno de los capitanes portaba una lanza en cuyo extremo estaban atados tres cuchillos, el otro un toque, que era una especie de insignia de piedra²³ que sólo usaban los toquis principales, tenía la forma de un hacha. Al cautivo, quien ya ocupaba el centro del círculo, se le entregó un manojo de palitos que debía sostener entre las manos²⁴. Comienza entonces la ceremonia del sacrificio: "Y como el desdichado mozo era novel en la guerra, no tenía noticia de los que en aquel tiempo tenían opinión y nombre entre los enemigos, y le mandaron los fuese nombrando. Dijo que no conocía a los valientes; a que replicó Putá pichán diciéndole: —¡Pues no conocéis a Alvaro Martín-campo?— Sí conozco y tengo muchas noticias de él, respondí el desdichado. —Pues, cortad un palito, y tenedlo en una mano: ¡al apo no conocéis? el toque le volví a preguntar (que quiere decir gobernador). —Muy bien le conozco, dijo. —Cortad otro palito. —Al Martín-campo y sargento mayor también los conozco, repetí el soldado. —Pues id cortando palitos. De esta suerte fué nombrando hasta diez o doce de los más nombrados y conocidos, y le mandé cortar otros tantos palitos; los cuales le hizo tener en una mano, y le dijo: tened en la memoria a todos los que habemos nombrado y haced un hoyo para enterrar a esos valientes; que habiéndole dicho de la suerte que lo había de hacer lo puso en ejecución.

Acabada esta ceremonia, fueron tres capitanejos a sacar cada uno un cuchillo de los que estaban liados en la

lanza que al principio dije, que significaba los utanna pus, ... Sacaron los cuchillos por su orden y con el mismo los fueron entregando al que tenía el toque, que le puso en la mano izquierda y recibió los cuchillos con la derecha. Con esto se fueron a sus lugares y asientos, y quedó solo Putapichum, que fue el que recibió los cuchillos y el que estaba con el toque en medio de la calle en pie, y dió principio a su parlamento con grande arrogancia y energía?⁵

El parlamento a que se refiere el cronista, es el discurso que procede a la muerte del prisionero, en el cual el orador pregunta a los concurrentes sobre las faltas del prisionero. Más que preguntas, lo que hacía era buscar la aprobación de lo que estaba discurrendo, por ejemplo, ¿no es verdad que éste (refiriéndose al prisionero) a matado a muchos de los nuestros?, a lo que responden, veilicha, veilicha, que es como decir: es verdad, o es así, o tenéis razón. Luego de esta interrupción en la ceremonia, prosigue ésta:

"Maulicán... allegóse al desdichado mancebo y díjole; ¿cuántos palillos tienes en la mano? Contólos y respondió que doce; hízole sacar uno, preguntándole que quién era el primer valiente de los suyos. Estuvo un rato suspenso, sin acetar a hablar palabra, ya con la turbación de la muerte que lo aguardaba, o porque no se acordaba de los nombres que le dijieron; a cuya suspensión el maestro de ceremonias que con su toque asistía al executor del sacrificio, habló de donde estaba y le dijo: acá ba ya de hablar, soldadillo. El miserable turbado, pareciéndole que seguía el orden como debía respondió diciendo: éste es el gobernador. Replicóle Putapichum: no sino Alvaro, que aquí solamente los valientes conocidos se nombran primero: echadlo en ese hoyo. Con que dejó caer el palillo como se lo ordenaron. Sacad otro, le dijo mi amo, y habiéndolo hecho así, le pregunto quién era el segundo. Respondió que el apo, el gobernador. Echadlo en ese hoyo y sacad otro, le dijo; con que fue por turnos sacando desde el maestro de campo general y

sargento mayor hasta el capitán de amigos llamado Diego Minje; que ellos tenían por valiente y gran corsario de sus tierras; y acabados de echar los doce palillos en el hoyo, le mandaron fuese echando la tierra sobre ellos, y los fué cubriendo con la que había sacado del hoyo; y estando en esto ocupado, le dió en el cerebro un tan gran golpe, que le echó los sesos fuera con la macana o porra claveteada, que sirvió de la insignia que llaman toque. Al instante los acólitos que estaban con los cuchillos en las manos, le abrieron el pecho y le sacaron el corazón palpitando, y se lo entregaron a mi amo, que después de haberle chupado la sangre le trajeron una quita de tabaco²⁶, y cogiendo el humo en la boca, lo fué echando a una y otras partes, como encensando al demonio a quien habían ofrecido aquel sacrificio. Pasó el corazón de mano en mano, y fueron haciendo con él la propia ceremonia que mi amo [Maulicán]; y en el entre tanto andaban cuatro o seis de ellos con sus lanzas corriendo a la redonda del pobre difunto; dando gritos y voces a su usanza, y haciendo con los pies los demás temblar la tierra. Acabado este bárbaro y mal rito, volvió el corazón a manos de mi amo, y haciendo de él unos pequeños pedazos, entre todos se los fueron comiendo con gran presteza... 27"

El manojo de palitos que menciona Nuñez de Pineda, simbolizaba a cada uno de los soldados españoles que esperaban matar en un día cercano, para vengar sus agravios ante los espíritus de sus antepasados.

Según el relato de González de Nájera, acostumbraban otra forma de martirio, en la cual crucificaban al prisionero para darle muerte lentamente. Suspendido y amarrado fuertemente a la cruz, comenzaba a ser torturado hasta la muerte, sin que se hiciera caso de sus lamentos y desgarrados gritos:

"Siendo yo sargento mayor de aquel reino tenía a mi servicio un paje de edad de 18 años llamado Diego de Ateñas, habiéndome pues pedido se lo prestase un padre de

La Compañía de Jesús, llamado Luis de Valdivia, lo llevó consigo a uno de los fuertes de aquel reino desde don de lo despachó con unas cartas a otro no poco apartado y de camino no seguro de indios de guerra, y así a pocas leguas encontró una cuadrilla de ellos, que lo comenzaron a maltratar diciéndole mil injurias, y atándolo muy bien, lo llevaron a la cumbre de un cerro donde dieron luego principio a su martirio.

Limpianon un árbol renuevo en el cual hicieron una cruz²⁸ y habiéndolo desnudado, lo subieron a ella donde fuertemente le ataron manos y pies. Y habiendo hecho un fuego delante de él, comenzaron luego con toda crueldad a cortarle vivo a pedazos, los cuales porían a asar en las brazas, sin moverlos a piedad las tierras quejas, lamentaciones y ruegos que el mozo les hacía; pues para la piedad y la misericordia que les movía, era como si no lo entendieran, aunque les hablaba en su propia lengua; porque aquellos hambrientos lobos, no poco contentos con haber topado tan buen lance, para satisfacer su insaciable apetito, no cesaban de cortar, asar y comer con mucho espacio y risa, burlándose y haciendo donaire de las quejas y palabras lastimosas del suspendido mártir; y viendo él la fiereza de aquellos empedernidos ánimos y la certeza de su muerte, y falta de algún socorro humano, se volvió a hablar con Dios pidiéndole perdón de sus pecados, y llamando en su ayuda a la Virgen María por muchas veces, hasta que le fue faltando el vigor para poder más con voces repetir tales invocaciones. Y antes de que acabase de morir, le abrieron el pecho aquellos crueles bárbaros y sacaron el corazón, cuya caliente sangre fueron chupando y ruciando el aire con ella... y sin apartarse de allí, le acabaron de descarnar las remanentes carnes, dejando los huesos por aquel suelo, que a tener aparejo de vino y en qué molerlos, no dejaran de quemarlos y beberse los en polvo, según ya dije lo acostumbra²⁹"

- El uso del tabaco en los ritos desempeñaba un papel importante aunque no regularmente; ya que no siempre se ocupaba en todas las ceremonias y sacrificios. Se le asignaba un carácter sagrado ya que al aspirarlo, tras cada hucanada o expulsión, invocaban el nombre de algún héroe araucano o de alguno de sus antepasados. Según C. Keller, se le absorbía en forma de humo producido en una concha, por medio de un tuhito (Puther. Rancul), o bien como rapé

La antropofagia a que alude González de Nájera, está comprobada por diversos cronistas de la época. El ritual canibal, en el cual se consumía el corazón y el resto del cuerpo era esencialmente mágico, es decir, mediante la ingestión del cuerpo traspasaban la valentía y virtudes que atribuían a sus enemigos. El prolongado sufrimiento que inflingían a sus mártires, era para que sus antepasados viesan el encono que ponían en vengar sus muertes. Mientras más prolongado y doloroso fuese el martirio, de mejor manera se cobraban de sus enemigos, sin importar edad del paciente mártir; ya que solían dar igual tratamiento a los más pequeños, como se dió el caso de un soldado español que, apresado junto con su hijo de 8 años, logró escapar mientras sus captores se emborrachaban; dejando a su vástago en poder de éstos, sin pensar que fuesen a cobrarse en él. Triste error, ya que el pequeño fue crucificado y descuartizado vivo en venganza de la fuga de su padre³⁰.

En ocasiones el corazón de la víctima era arrancado estando ésta viva, lo asían fuertemente entre varios indios boca arriba; uno de ellos se ubicaba entre

(athen puthen). También ocupaban la pipa, cutra o quita en lengua araucana. El tabaco producía estados de trance, por lo que además era usado por los machis (Carlos Keller (MS) p-90).

las piernas y rápidamente le abría el costado con un chillo de pedernal, por donde introducía la mano y arrancaba de cuajo el corazón con un violento tirón. Luego soltaban el cuerpo, ya sin corazón, en el suelo haciendo caso omiso de sus postreros saltos y violentas sacudidas³¹. El corazón era desmenuzado en pequeños trocitos y luego devorado por los toquis participantes; con la sangre untaban las puntas de flechas y lanzas.

Otras veces los ahogaban en ríos, atándoles las rodillas y el cuello juntos, a modo de bardo, para sumergirlos reiteradamente hasta que muriera, entre gran griterío y risas³².

Si era mucho el odio y rabia que tenían en contra del cautivo, cortaban sus piernas vivo, obligándolo a chupar y soplar los tuétanos de los huesos hasta dejarlos limpios, listos para hacer flautas³³.

Los sacerdotes católicos no escapaban a la muerte violenta, ya que por su espíritu pacifista y conciliador, los araucanos veían en ellos víctimas más fáciles. Muchos de ellos encontraron una muerte violenta. Nuñez de Pineda narra el martirio y fin de dos misioneros jesuitas y un novicio enviados por el padre Luis de Valdivia a catequisar la región al sur de Concepción.

Al padre Horacio primeramente le dieron un fiero macheteazo sobre la oreja, en pago de la doctrina del cielo que les predicaba y juerla a las suyas y en señal de cuan cerradas las tenían a Dios y a la verdad; asagundaron el golpe en la misma parte y luego le dieron una cruel herida por los pechos y atravesaron el cuerpo por la espalda con una lanza. Al padre Martín de Aranda le

hicieron pedazos la cabeza con una perra de leño enclavada, de manera que le hicieron saltar los sesos, y también le alencearon; y al hermano novicio Diego de Montalban, le atravesaron el cuerpo con seis o ocho lanzadas, y de esta manera constantes todos tres en su fé, sin dejar de predicar la verdad de su doctrina hasta la última boqueada, enviaron sus espíritus al que los había criado para tanta gloria suya...³⁴ⁿ

Sacrificio y muerte de don Pedro de Valdivia.

El año de 1553, cuando ya don Pedro de Valdivia había cumplido la mayor parte de sus sueños que se cifraban en ir sometiendo todos los territorios de Chile que continuaban en manos de los indios rebeldes, aparte de las ya conocidas fundaciones que había hecho, le llegó la noticia de los ataques a los fuertes de Tucapel, Purén y Arauco. La rebelión del año 1553 había comenzado y no terminaría con la muerte del conquistador.

Partió don Pedro desde la ciudad de La Concepción con treinta soldados a caballo³⁵ entre ellos un sacerdote, Bartolomé del Pozo. Anteriormente, había enviado una pequeña división de hombres a revisar el terreno para que pudieran traer noticias de la situación; pero nunca volvieron. Intranquilo ya, Valdivia cruzó el Bío Bío. Sería la última vez.

A dos leguas³⁶ del fuerte de Tucapel (construido en las riberas del río Tucapel en un paraje llamado actualmente Catillay) vieron una escena horrorosa: desde los árboles pendían las cabezas de los hombres que había mandado primero, éstos parecían prevenir en un mudo aviso

de la suerte que les esperaba si continuaban. "¿quééros los que sois y sereís lo que somos antes que nos per - dáis de vista"³⁷

Tras los despojos humanos aguardaban tres mil indios de guerra al mando de Lautaro, escondidos entre matorrales y árboles.

Suspensó el conquistador ante la visión apocalíptica, dudó un momento en continuar el avance, y preguntó a los que con él iban al parecer de continuar. Todos a una voz, respondieron: ¿Qué quiere vuestra señora que hagamos sino que peleemos y muramos!³⁸

Ya sin duda, Valdivia se lanzó a la lucha (Batalla de Tucapel, 26 de diciembre de 1553) en medio de un atronador griterío de los indios. Superados en número, los castellanos murieron, Valdivia y Bartolomé del Pozo emprendieron la retirada, pero el terreno lleno de harrancos y pantanos impidió que éstos se salvaran. Fueron capturados y se dió comienzo a su cruel martirio.

Maniatados como animales fueron conducidos a la tribu, en medio de burlas y golpes. Sólo dos indios yanaconas, auxiliados por la oscuridad de la noche lograron huir llegando a la ciudad de Concepción al día siguiente (27 de diciembre).

Golpeado y maltratado, Valdivia escuchó las acusaciones que Caupolicán y los otros caciques argumentaban en su contra. Trató de persuadirlos, prometiéndoles sacar a todos los españoles de Chile y restituirles su entera

libertad, pero tan encarnizados estaban en su contra que no le prestaron atención a su defensa, dando principio los indios a su largo y cruel padecimiento³⁹.

Hasta hoy, se conocen tres versiones diferentes de la tortura y muerte del Gobernador. La primera asegura que éste fué atado al árbol del canelo en donde se le mantuvo vivo tres días, siendo descuartizado lentamente y asados y comidos sus miembros delante de su vista. Igual fin encontraron algunos de sus soldados y el clérigo Bartolomé del Pozo.

"Algunos de los cristianos no los acabaron de matar y en tre ellos al Gobernador al que tuvieron vivo tres días comiéndole vivo a bocados y lo mismo a los demás, que no mataron luego, hasta que quisieron⁴⁰".

El soldado y cronista Fernández del Pulgar, asegura que le dieron a beber oro derretido:

"El modo de ejecutarla se refiere de diferente modo: unos decían fué echándole oro derretido por la boca, y le dijeron por moja: "Hártate de oro, pues tanta sed de él haz tenido⁴¹".

Garcilaso de la Vega, sostiene que fué muerto de un golpe en el cerebro:

"La manera como mataron los "araucos" al gobernador Pedro de Valdivia la contaron después desta segunda nueva de diversas formas, porque los tres indios que escaparon de la batalla no pudieron dar razón della, porque no la vieron. Unos dijeron que lo habla muerto Lautaro, su propio criado, hallándole atado a un palo diciendo a los suyos: ¿para qué guardáis este traidor? "y que el gobernador había rogado y alcanzado de los indios que no lo matasen hasta que su criado Lautaro viniese, enten -

diendo que por haberle criado procuraría salvarle la vida. Otros dijeron, y esto fué lo más cierto, que un capitán viejo lo había muerto con una porra: pudo ser que fuese el mismo capitán que dió el ardid para vencerlo. Matólo arrebatadamente, porque los suyos no aceptáran los partidos que el triste gobernador ofrecía, atado como estaba en el palo, y lo soltasen y dejasen ir libre; porque los demás capitanes indios, fiados en las promesas de Pedro de Valdivia, estaban inclinados a le dar libertad, porque les prometía salirse de Chili y sacar todos los españoles que en el reino habla y no volver más a él; y como aquel capitán reconociese el ánimo de los suyos y viese que daban crédito al Gobernador, se levantó de entre los demás capitanes que eran los partidos y con una porra que tenía en las manos mató apriesa al pobre caballero y atajó la plática de los suyos, diciendo; "Haced vergüenza de ser tan torpes e imprudentes que fiéis en las palabras de un esclavo rendido y atado; decidme ¿qué no prometará un hombre que está como este se ve, y que cumplirá después que se vea libre?"⁴²

La costumbre de sacrificar cautivos no sólo fué un patrimonio araucano, tribus del resto de América daban al mismo tratamiento a sus prisioneros. Presentan algunas similitudes con los araucanos en cuanto a la forma de sacrificio pero no en el sentido y objetivo por el cual inmolvaban seres humanos. Para los araucanos el sacrificio humano, era un procedimiento mediante el cual expiaban ante sus antepasados las muertes y agravios que sufría la tribu. No podría catalogarse como un ritual religioso, ya que la venganza era el móvil que impelia a torturar y dar muerte cruel a sus enemigos, ya fuesen indios o extranjeros. Ricardo Latcham sostiene:

"En primer lugar, la muerte de los prisioneros de guerra era un rito religioso expiatorio, dirigido a los manes de sus antepasados y a los caídos en batalla; era el pago ofrecido al Pillán y al tótem para apaciguarlos y para recompensarlos por la pérdida de tantos de sus descendientes. Los refinamientos de crueldad con que cele

braban estos sacrificios eran pruebas que daban estos se-
res de su empeño en vergar sus muertes...⁴³"

Tribus de Norteamérica, como los iroqueses, hurones, ya-
masíes y los natchez (entre otros) no escatimaban en
crueldad para tratar a sus prisioneros. Los yamasíes,
que vivían al norte del río Savanna⁴⁴, eran feroces y
sanguinarios; los natchez geográficamente ubicados en el
bajo Mississipi acostumbraban a quemar a sus víctimas has-
ta la muerte de éstas.

Los hurones, según el padre Le Jeune colocaban a la víc-
tima sobre una plataforma, tendida, luego de haberla que-
mado reiteradamente con tizones.

"No había regertas respecto a quién le torturaría quemán-
dole: cada cual lo hacía cuando se le antojaba; por lo
tanto, cada uno se tomaba el tiempo necesario para meditar
alguna nueva manera de hacer sentir más agudamente
el fuego a la víctima. Aunque le quemaban casi exclusi-
vamente las piernas, éstas quedaban en un estado lastime-
so, con la carne hecha trizas. Algunos le aplicaban teas
ardientes y no las retiraban hasta que el infeliz lanza-
ba terribles alaridos; tan pronto como cesaba de gritar,
volvían a quemarle, una y otra vez, repitiendo la opera-
ción siete u ocho veces, a menudo reavivando la brasa a
fuerza de soplar, sin apartarla de la carne a que aplica-
ban el tizón. Otros ataban cuerdas alrededor del cuerpo
de la víctima y después les prendían fuego, quemándola
así lentamente y causándole un agudísimo sufrimiento.

Nadie se abstenía de nada, cada cual hacía lo imposible
para superar la crueldad de su compañero.

Tan pronto como amanecía se encendían los fuegos fuera
de la aldea para demostrar allí, bajo el sol, hasta don-
de llegaban los excesos de su brutalidad. La víctima era
llevada allí... Entretanto, dos de ellos la agarraban y

La hacían subir a una plataforma de dos metros de altura; tres o cuatro de aquellos bárbaros segulan al desgraciado. Le ataban a un árbol que pasaba a través de un espacio abierto del tablado, pero de tal modo que que daba libre para volverse en cualquier dirección. Entonces empezaban a quemarle con más crueldad que antes, no dejando de aplicarle fuego, a intervalos, a todas las partes del cuerpo. Cuando uno de aquellos carniceros comenzaba a quemarle con demasiada insistencia y el martirizado intentaba escapar de él, caía en seguida en manos de otro que no le daba mejor trato.

De vez en cuando tomaban nuevos tizones ardientes y los introducían en la boca y la garganta de la víctima, e incluso intentaban meterse los en el ano. Le quemaban los ojos; le aplicaban en la espalda pequeñas hachas calentadas al rojo; le colgaban algunas alrededor del cuello, y con los movimientos que hacía para librarse de aquellos pesos abrasadores, tan pronto le quedaban sobre el pecho como sobre la espalda. Si el desgraciado intentaba sentarse o agacharse, alguien le lanzaba un tizón desde el pie de la plataforma y le hacía levantarse en el acto... le acosaban de tal modo por todas partes, que finalmente le dejaban sin aliento; entonces le vertían agua en la boca, para fortalecer su corazón. Los que dirigían la ceremonia le gritaban que descansara un poco y procurase respirar hondo, pero él se quedaba inmóvil y con la boca abierta. Por ello, temiendo que muriera antes de matarle como tenían previsto, uno le cortaba un pie, otro una mano, y casi al mismo tiempo, un tercero le cernecaba la cabeza, que era echada a la multitud⁴⁵

El corazón de la víctima, arrancado antes del último hálito, era dado a los guerreros jóvenes de la tribu⁴⁶, quienes lo despedazaban y comían en pequeños trozos.

Los yamasfes por su parte, despedazaban lentamente a sus víctimas, articulación por articulación; a otras las quemaban hasta el cuello y después, apartándose un poco, les disparaban flechas a la cabeza. Como una variante suplementaria, las ataban a un árbol y perforaban las partes

más tiernas del cuerpo con puntiagudas estacas de madera ardiente⁴⁷.

Los nómadas chichimecas del norte de México, aplicaban el mismo tipo de tortura, ataban al prisionero a un armazón de madera, que consistía en dos postes clavados verticalmente en el suelo y otros dos cruzados formando una especie de cuadro; suspendida la víctima de esa manera era un blanco perfecto para sus victimarios, quienes le clavaban pequeñas y agudas estacas ardientes por todo el cuerpo⁴⁸.

Entre los natchez, la tortura del fuego era aplicada a las víctimas sin ninguna piedad:

"Cuando los guerreros hubieron terminado de comer, se dirigieron hacia la armazón de madera en que estaba atada la víctima. La hicieron avanzar un poco y volvieron su cuerpo para que toda la gente pudiera verle. El que había capturado al prisionero le dio un golpe en la nuca con su clava lanzando al mismo tiempo su grito especial de muerte, mientras le arrancaba el cuero cabelludo procurando no desgarrarlo... A partir del momento en que se empezó a arrancar el cuero cabelludo a la víctima, los más jóvenes del grupo fueron en busca de cañas secas, las aplastaron e hicieron manojos con ellas y las ataron en varias partes del cuerpo de la víctima. El que le había capturado era el que tomaba en primer lugar una caña aplastada, la encendía y quemaba la parte que se le antojaba. Pero se dedicaba especialmente a quemar el brazo con el que le prisionero se había defendido mejor. Luego llegaba otro y quemaba un segundo lugar. Los que le quemaban los pies con sus pipas llenas de seco y ardiente tabaco. Otros también se dedicaban a los pies perforándoselos con un clavo previamente calentado al rojo vivo. En realidad, todos, uno después de otro, se vengaban los mejor que podrían de la víctima, la cual, mientras le quedaban fuerzas, las empleaba en entonar el canto de la muerte, el cual demostraba a quien escuchaba con atención que consistía en lastimeros gritos, lágrimas y quejidos⁴⁹"

Estos sacrificios no se hacían solamente para ver sufrir a la víctima, sino para propiciar a sus dioses. Mientras más largo y doloroso era el martirio, tanto más conseguían de las divinidades para que les fuesen benignas; por lo que se catalogan como ritos religiosos en los cuales el móvil de la venganza particular o colectiva no fué el principal punto. Se sacrificaban víctimas para sustentar a los dioses, para restablecer el orden del cosmos y así evitar calamidades a la tribu; aseguraban de esta forma el proceso de la vida⁵⁰.

C A P I T U L O I I . C A P T U R A D E P R I S I O N E R O S Y T R A T A - M I E N T O Q U E R E C I B I A N E N T R E L O S A R A U C A N O S .

Los prisioneros eran, por lo general, capturados en las batallas. Cada escuadrón de guerreros araucanos, disponía de un grupo especializado que se encargaban de coger las víctimas¹. Mataban en el acto a los que oponían resistencia, reservando a los más débiles e inexpertos para sacrificarlos ritualmente. Era deber de los jefes, como ya se dijo anteriormente, proporcionar los cautivos para los ritos, y de no tenerlos procedían a comprarlos a otro toqui o cacique que los tuviera.

El cautiverio de dichas víctimas era mortal. La gran mayoría de ellos, eran sacrificados inmediatamente; muy pocos, lograban vivir argumentando saber algún oficio que fuese de utilidad a la tribu, como por ejemplo, la reparación o confección de armas ofensivas. Algunos, pasaban a ser esclavos u objetos de canje con otros linajes amigos. Se trocaban por animales o baratijas de adorno, como collares de piedras o de conchas marinas, piedras cóncavas para moler trigo o maíz, o también eran canjeados por cereales u otros alimentos que escaseaban debido a malas cosechas o años estériles². También los ocupaban para rescatar nativos apresados por el enemigo. Si el prisionero había sido capturado por algún indio de buenos sentimientos, era considerado protegido de éste, como fué el caso del soldado y cronista Nuñez de Pineda³. Los más valientes y osados guerreros lograban ser adoptados por la tribu, le otorgaban mujer, ruca y

tierra para labrar, con ello desaparecía el peligro de la muerte, ya que al ser adoptado, tomaban un nombre indígena lo que le permitía entrar en la esencia del grupo⁴. Sin embargo, lo más común era el sacrificio.

El camino hacia la muerte:

El prisionero era llevado al lugar sagrado (lepán) atada las manos a la espalda y con un zñall (lazo) al cuello de donde le tiraban dos mocetones. La concurrencia, apostada a ambos lados del camino, formaba una especie de callejón siniestro, lanzándole golpes e insultos. Los más fieros insultos y golpes provenían de las viejas que preguntaban diciéndole: "qué es de mi hijo o mi marido que me mataron en tal tiempo? Vuélvomele, y si no, ahora he de comer de tus carnes; esa mala cara que podía hacer? Tus maldades te han traído a nuestras manos, ahora las pagarás"⁵. Le llamaban guequeche u hombre que morirá como carnero, ya que haría las veces de carnero en el sacrificio⁶.

El sacrificio lo hacían de varias maneras, una de ellas consistía en que el matador daba muerte a la víctima asestándole un fiero golpe de maza en la cabeza (cuidando de no romper el casco) echándole los sesos fuera⁷. Consumado el rito cruento, la carnicería continuaba con el desmembramiento del cadáver yacente: uno y otro corrían a cortarle ambas piernas, igual hacían con los brazos que eran descarnados y agujerados al igual que las canillas para fabricar flautas. Listas las macabras flautas animaban con un sonido lúgubre y triste la fiesta, cantando victoria con ellas⁸. Vibraban las lanzas,

batiéndolas unas con otras y retando al enemigo de hacer lo mismo con ellos y darles similar tratamiento o aún peor.

Uno o varios de los concurrentes, arrastraban los despojos del desdichado fuera del círculo mágico, hacia la tierra del enemigo para que sirviese de alimento a fieras y aves de rapiña. El toqui general recibía el corazón chorreante de sangre y luego lo iba pasando a manos de los otros jefes. Enseguida untaban las armas con la misma sangre; el que mantenía la cabeza en alto, clavada en la lanza, la echaba a rodar hacia la tierra del enemigo por entremedio de los asistentes al ritual. Si ésta quedaba con el rostro vuelto hacia sus tierras, lo tomaban como mal augurio; si en cambio quedaba mirando hacia el enemigo era un buen augurio de victoria en la guerra⁹.

Finalizada dicha maniobra, el corazón era puesto nuevamente en la punta de la lanza y levantado en alto, lo mismo hacían con la cabeza, siempre mirando esta última hacia tierras enemigas; entonaban entonces cantos de victoria y se formaban en círculo. Semi desnudos, corrían arrastrando las lanzas con fieros gestos e iracundos movimientos diciendo: "*Vapepullimén, haced temblar la tierra valerosos soldados: tiemble el mundo de vosotros, pájaros cazadores, leones valientes, rayos espantosos*"¹⁰. Con esto daban a entender que al igual que las aves y animales de rapiña cazarían y despedazarían a sus víctimas¹¹. Luego, finalizado el canto y las bravatas, bajaban el corazón y lo desmenuzaban en trocitos pequeños repartiéndolos entre los toquis para que lo comieran; la

cabeza era pelada y descarnada inmediatamente para que bebieran chicha los jefes principales. El cuerpo quedaba expuesto sin que nadie reparara en él y sin ninguna sepultura.

Concluidos los ritos, la fiesta continuaba con bailes, cantos y una general berrachera de todos los participantes, ésta se prolongaba varios días (seis u ocho) hasta que cansados de tanto trajín quedaban dormidos donde el sueño les cogía¹².

C A P I T U L O I I I . C A N I B A L I S M O R I T U A L .

Cazar a un ser humano como bestia y devorarlo, fue un acto, aunque aborrecible, visto desde un punto civilizado, algo usual en los aborígenes de América. No solamente los araucanos llegaron a matar y comer a otros seres, si no que, pueblos contemporáneos a ellos hicieron otro tanto con sus prisioneros.

Sus motivaciones fueron de índole religiosa, es decir "un hacer sagrado", en que la víctima servía de "puente" entre los dioses y el pueblo¹. Para el araucano, el acto de matar y devorar a sus ofrendas humanas, poseía un sentido estrictamente expiatorio, esto es, cumplir un sentimiento de venganza en la víctima por los agravios y muertes sufridos por el linaje, ante los espíritus de sus antepasados². Dicho ritual no servía de nada si no implicaba un largo sufrimiento y agonía, en el cual cada lágrima, grito y espasmo que sobrecogía al sacrificio demostraban el encono que ponían en cumplir la venganza; en devolver herida por herida y golpe por golpe.

Tan desgraciado destino no exceptuaba mujeres, niños o ancianos. Todos servirían como ofrenda en el momento preciso.

La ingestión de la carne de las víctimas, ya estuviesen vivas o muertas, respondía a la costumbre universal de traspasar las cualidades del inmolado a los que ofrecían el sacrificio; de ahí que los trozos de carne más apete

cidos eran la de los brazos, piernas y tronco pues suponían que la fuerza y el valor residían en ellos. El corazón, se consideraba como el bocado más excelso, como fuente de vida, del cual sólo tenían derecho a comer los más principales y afamados toquis de la tribu.

La cabeza, considerada como preciado tesoro, sólo era patrimonio de los toquis, al igual que el corazón. Pelada y desollada servía de vaso, en el cual bebían mudai sólo los indios principales^a.

La sangre-mollfun³ desempeñaba un papel importante en los ritos cruentos, ya que se le otorgaba un sentido mágico. Sólo se consideraba como sangre buena la de los hombres y animales y por ello era ofrecida a los manes (espíritus) con la intención de captar la buena voluntad de los antepasados para lograr, por este medio, la victoria en las batallas. Era un símbolo de fuerza, fuente de vida y salud.

* Se tratará en detalle en el Capítulo IV.

Formas de Canibalismo según W. Arens.

A) Status del consumido

- 1) **Endocanibalismo:**
que se refiere a comer a un miembro del propio grupo.
- 2) **Exocanibalismo:**
que indica el consumo de forasteros.
- 3) **Autocanibalismo:**
que significa ingerir partes del propio cuerpo. Es decir, el canibal y su víctima se hacen uno y el mismo.

B) Motivo del acto

- 1) **Canibalismo gastronómico:** cuando se come carne humana por su sabor y valor nutritivo.
- 2) **Canibalismo ritual o mágico:** en que se identifica un intento de absorber la esencia espiritual del difunto.
- 3) **Canibalismo de supervivencia:** que indica el recurso a ese comportamiento normalmente prohibido en situaciones crisis.

La antropofagia: rito mágico supersticioso.

El rito bárbaro aparece sobrecargado de elementos de prodigio y de virtudes ocultas⁵; en el cual existía el deseo de hacer penetrar en la esencia de los participantes la materia anímica de la víctima. Incluso, al prisionero que se le perdonaba la vida, tenía que someterse a dicha influencia mágica. Se le ponía nombre indígena, integrado a la vida cotidiana de la tribu pasaba a tener las mismas obligaciones y derechos: trabajar en la tierra, luchar en las batallas, casarse, tener hijos, etc.

Canibal y víctima comulgaban en un sólo ser; largos tormentos eran inflingidos a las ofrendas humanas antes de morir, buscando paralizar la venganza de los espíritus de sus muertos.

Ylochettunn, fiesta de carne de gente:

La costumbre de consumir carne humana entre los araucanos, recibía el nombre de Yloche: el que come hombres o comedor de hombres⁶.

La víctima que sería inmolada era lo más importante de la fiesta. El toqui que hacía el convite, debía preocuparse de tener todo lo necesario para atender a sus huéspedes. Mujeres, ancianas y muchachos se atenían a la tarea de preparar la chicha y la comida para los concurrentes que venían de tierras lejanas a la gran celebración. Viejos y enfermos dejaban sus lechos para estar presentes⁷.

Llegados los invitados y estando todo dispuesto, traían a la víctima sacrificial, maniatada. Era recibida entre un gran griterío y risas. Se le ataba desnudo al pie del árbol del canelo (símbolo de guerra y de paz, ya que se usaba en las dos ocasiones) Enfrente del prisionero se encendía una fogata con todo lo necesario para asar la carne.

Se daba principio entonces al cruel suplicio del mártir. El que lo había capturado, comenzaba, cuchillo en mano, a darle cuchilladas y cortes por donde se le antojaba. Uno a uno, se iban acercando los restantes a hacer lo mismo, nadie escatimaba esfuerzos en herir; cada uno trataba de ser aún más cruel con el prisionero. Luego de cortar un miembro del cuerpo, golpeaban al paciente mártir con una mano, un pie, etc. en el rostro, para conseguir asarlos y comerlos a su vista. Cuando veían que ya estaba a punto de morir, le abrían el pecho y le arrancaban el corazón para chuparlo y devorarlo los toquis participantes. González de Nájara relata el sacrificio y muerte de un soldado español en una de estas ceremonias:

"Estas borracheras tienen los indios por sumo bien y gloria, especialmente cuando se les junta tener español vivo en ellas en la manera que acostumbraban, que es desnudo y atado al pie del árbol que dije (el canelo) donde a su tiempo llegan a hacerle mil visajes y figuras a semejanza de matachines, hasta que habiéndoles servido harto en el solaz de sus fiestas, le llegan a herir, comenzando a dar principio a su penosa y prolongada muerte, hasta que se les acaba de cortar el hilo de la vida, y a ellos el de su pasatiempo. El primero que le llega a cortar miembro, pedazo de carne o darle cuchillada por donde se le antoja es el que le cautivó; porque sólo él tiene entre todos esta preeminencia sucediendo los demás

y señalándose en sus crueldades hasta que descarnan y cortan en pedazo al paciente mártir, con cuchillos y cortadoras conchas marinas participando todos de la fiesta, hombres, mujeres y muchachos. Asan y comen lo que van cortando, yendo primero quien con la mano, quien con el brazo y otros miembros, pasándose los por delante de los ojos, y dándoles con ellos al misero paciente. Y finalmente, cuando ven que ya se va acabando, le abren el pecho y le sacan el corazón caliente, con que le concluyen la vida, el cual traen de mano en mano entre los caciques y capitanes, mordiéndolo cada uno y chupándole la sangre, ruciando el gire con ella, no sé si a parte del Oriente o Occidente⁸, según sus diabólicas ceremonias⁹.

Un paje capturado por unos indios en un camino solitario, fué sacrificado en un cerro cercano al lugar donde lo habían cogido. Luego de quitarle todo lo que poseía, lo desnudaron y lo crucificaron enfrente de una gran fogata en donde asaron los miembros y resto de carne que le iban cortando, en medio de risas y burlas por los quejidos y ruegos que les decía la víctima¹⁰.

González de Nájera refiere el caso de un alférez al que descuartizaron vivo, cortándole ambas piernas y lo obligaron a chupar la sangre y médula de sus piernas, para luego hacer flautas de las canillas. Enseguida, cortaron sus genitales y restos del cuerpo haciendo un sinnúmero de atrocidades hasta que expiró¹¹.

Según el mismo cronista, murió en similares condiciones el sacerdote Andrés de Viveros, quien fué devorado por los indios. Dice que: "le pasaron con asador y le asaron, y rabiosos le dieron sepultura en sus sacrílegos estómagos¹²".

Diego de Rosales, cuenta que también mataban con la misma crueldad a indios de su raza o pueblo. Si era un indio muy valiente y afamado, y les había hecho mucho daño en la guerra, le cortaban en pequeños trozos para obligarlo a comer de su misma carne:

"... que como bárbaros y crueles, quando han de hazer una fiesta y borracheras, si no tienen en su tierra algún cautivo a quien quitar la vida para solemnizar la fiesta, van a la otra a comprarle, y las viejas y las viejas y los niños han de comer de sus carnes y labar las manos en su sangre. Y quando es algún indio valiente y que en la guerra les ha hecho mucho daños, le suelen cortar a pedacitos sus carnes y obligarle a él que se las coma"¹³.

En las juntas generales, en las que participan toquis principales de varias provincias (dichas juntas recibían el nombre de Coyao), el prisionero era descuartizado por cada uno de los toquis concurrentes, miembro por miembro, estando vivo, para que todos comieran y bebieran la sangre de la víctima haciendo con esta ceremonia la unión en una sola fuerza de todas las provincias de la tierra. Según el padre Diego de Rosales:

"en las juntas generales, que llaman Coyao, una provincia le corta la cabeza, otra le da con la maza en el cerebro, otro le saca el corazón, y otra le corta las cañillas para glautas, para que todas se ensangrienten por igual y todas coman de el corazón, aunque sea un pedacito pequeño"¹⁴.

Cuando un indio caía prisionero de los españoles, trataba mediante provocaciones y bravatas que le mataran, ya que sabía que si volvía con su gente era hombre muerto. Ser prisionero era una gran vergüenza, especialmente si era toqui importante. Tenían la obligación de morir lu

chando, pero si estaba muy herido y era capturado, debía lograr que lo mataran; en caso contrario la misma tribu se encargaba de darle muerte en horribles condiciones¹⁵. Diego de Rosales refiere otro caso:

"... entre otros cautivos que cogieron, fué uno este Muechuguala, que era indio de mucho valor y nombre... Luego que llegaron al cuartel, se lo pidieron los indios amigos al maese de campo para matarle a su usanza, por ser indio de tanto valor y para hacer fiesta con su cabeza. Concediéndosele y sacaronle con gran prisa y recato, rescatándose mucho de que lo supiésemos, porque no interesásemos por él. Avisóme un soldado como llevaban aquel indio para matarle... lleváronle luego a don de todos los indios de la tierra con sus lanzas y flechas un cerco le estaba esperando. Estaban en medio los toquis de los caciques, que son unas hachas, insignias de los más principales; sentáronle junto a los toquis, vuelto el rostro hacia su tierra, y diéronle un gran manojo de palitos para que fuese contando los valientes de su tierra; y otro palo mayor para que hiciese un hoyo para irlos enterrando, que esta es la primera ceremonia que usan, que va nombrando todos los más valientes de la tierra del enemigo, y a cada uno que nombre, echa un palito de aquellos en el hoyo, dando a entender que los han de vencer y enterrar a todos; y últimamente se sombra a sí mismo, con que da muestra de que él también entra en el número de los valientes. Al punto que se nombra, llueven lanzas sobre él y le levantan con ellas del suelo, o con una grande porra le abren la cabeza, y en un pensamiento se la cortan y la clavan en una pisa y cantan victoria con ella. Así lo hicieron con este pobre, cantando unas canciones tristes que tienen para semejante propósito. Luego que le dieron con la porra, viera vuestra reverencia una carnicería terrible: unos a cortarle la cabeza, otros a sacarle el corazón; y otros a cortarle una pierna, para hacer de la canilla una flauta, descarnándola y abriéndola los agujeros en un momento. Andaban alrededor de la rueda desnudos hasta la cintura, otros con sus lanzas dando vueltas muy curiosas y echando retos a los enemigos. Y de cuando en cuando todos los de la rueda a una daban una voz, vibraban las lanzas, topando las unas con las otras, y con los pies daban a una gentiles golpes en la tierra que la hacían temblar (y esto hacen siempre cuando quieren pelear fa-

ra despedir el miedo el miedo de sus ánimos! Dividen el corazón entre todos los caciques y capitanes, y uno se lo comen corriendo sangre y palpitando, y otros untan con la sangre las flechas y los toquis que están clavados en el suelo, y van dando vueltas alrededor los caciques, untando sus toquis y soplando hacia la tierra del enemigo, y luego clavan en los pedazos del corazón las saetas y vuelven a cantar, tocando la flauta de la canilla y levantando en un palo la cabeza en medio de los cantores. Cogen tras esto el cuerpo y arrastrándolo de un pie, le echan fuera de la rueda hacia la tierra del enemigo, dejando abierta una calle, por donde van y vienen los indios armados, jugando las lanzas, haciendo como que acometen al enemigo, y echando los demás el miedo fuera, como que quieren acometer, hacen estremecer la tierra. La última ceremonia fue traer un canero negro y contarle la cabeza y ponersele al cuerpo del difunto en lugar de la suya, y con esto se fue con dejando trazada la fiesta principal, para allí a un mes, que es hacer una tonnachera en que se juntan todos a beber chicha y bailar; y el que hace la fiesta hace de la cabeza del difunto, pelando el casco, un vaso en que beben los más principales, convidándose y brindándose unos a otros¹⁶".

La crueldad con que exterminaban a sus prisioneros de guerra, se aprendía desde la niñez, ya que sus padres, entregándoles un cautivo desnudo y atado, les enseñaban a torturar y devorar a las víctimas. González de Nájera sostiene:

"Estos indios son tan crueles como he mostrado, porque (entre otras razones) se crían desde niños en lo que ven hacer de sus padres, y se engolosinan en lo que ven deleitarse; y no sólo ese bárbaro ejemplo les obliga a ser crueles y carniceros, pero los mismos padres para que lo sean, desde que son bien tiernos, les ponen en la mano el cuchillo y entregándole al cautivo desnudo y atado, le enseñan a que les corten de sus carnes y asen y coman de ellas y a que; finalmente, les cortan la cabeza, en lo que por ello vienen a ser todos muy diestros¹⁷"

Casos concretos de crueldad y falta de todo sentimiento en dar muerte a otros seres, no obedecía a un afán morboso de sufrimiento. Todo era parte de un ritual preestablecido por sus antepasados, por ello, todos los miembros de la tribu debían ser parte importante en los sacrificios fuesen mujeres o niños. No obstante, al acto primigenio de matar y devorar ritualmente sufría alteraciones o degradaciones. Cronistas de la época, concuerdan en afirmar que los araucanos no sólo consumían carne humana en las fiestas rituales, sino que también en situaciones críticas: en años estériles para la agricultura, la escasez de alimentos les obligaba a matar y comer para sobrevivir. W. Arens (1981) clasifica este tipo de canibalismo como "canibalismo de supervivencia"^{16'} Góngora y Marmolejo (1536-1575) narra:

"De la cosas que acaecieron en este tiempo en la ciudad Imperial y ciudad de Valdivia: Vinoles otro mal allende de este, que los que escapaban eran pocos, como no tenían que comer, se comían los unos a los otros; cosa de grande admiración; que la madre mataba al hijo y se lo comía, y el hermano al hermano; y algunos hacían tasajos, y les daban un hervor en algunas ollas con agua de arrayan, y después puestos al sol y secos se los comían, y decían hallarse bien de aquella manera. Andaban los indios en aquel tiempo tan cebados en carne humana, que traían la color del rostro tan amarilla, que por ella eran luego conocidos"¹⁹.

Mariño de Lobera (1865) cuenta que debido a la guerra, los indios dejaron de lado el cultivo de la tierra lo que trajo en consecuencia la total falta de alimentos, por lo que procedieron a entrededorarse, matándose unos con otros.

En el transcurso de los años 1554 y 1555, a pesar de que la situación alimenticia había superado la crisis, si - guieron comiéndose unos y otros, llegando incluso a en - cerrar indios cautivos en jaulas, engordándolos para co - merlos luego²⁰.

"De como los indios se comieron unos a otros"

... fué que por andar todo a rto revuelto dejaban los indios de poner las manos en el arado ocupándolas en los arcos, lanzas y macanas. Y así vino la tierra a tanta esterilidad y hambre, que los españoles también sentían la falta de lo mismo que los indios. En resolución ví - no la cosa a términos que se andaban matando unos a otros, para comer el matador las carnes del que mataba; lo cual duró por algunos meses con tanta fiereza, que causaba no menos lástima que espanto. Y aunque después se comenzó a dar maíz y trigo, y otros mantenimientos en abundancia, con todo eso no cesaba el fiero abuso cum - pliéndose la común sentencia que dice: no me pesa de que mi hijo enfermó sino de las mañas que tomó: de suer - te que todo el año de 1554 y el siguiente de 55, habien - do tanta abundancia, que se quedaron por coxer doscien - tas mil hanegas de trigo por no haber quién las quisie - se, estaban los indios tan regastados de comer carne hu - mana que tenían cannicerías de ella, y acudían a com - prar cuartos de hombres, como se compran en los rastros las del carnero. Y en muchas partes tenían los cací - ques indios melidos en jaula, engordándolos para comer de ellos. Y tenían ya los instrumentos necesarios para el oficio de carniceros como tajones, machetes y per - chas, donde colgaban los cuartos. Llegó la gula a tal extremo que hayaron los nuestros a un indio comiendo con su mujer, y un hijo suyo en medio de quien iban cortan - do pedazos y comiendo²¹.

Gerónimo de Bibar, cronista del siglo XVI, narra el ca - so de un indio quien comió con gran apetito a sus fami - liares. Escribe:

"Díjal de otro indio, por mejor decir, sepulcro que fue de tres hermanos y de su madre y de su padre, que fue en comerlos a todos. No lo digo por su confesión, sino que otros indios lo dijieron, y aún le temlan, y hulan de él. Y decía que no habla hallado carne más sabrosa que la de su madre". Y agrega: "así todavía se comen"²²

Según las creencias de los araucanos, el comer a padres y hermanos, era una acción de piedad. Es decir, ya que considerando que el alma era algo material, el comer a los difuntos significaba que éstos pasarían a vivir dentro del que los comía. De esta suerte, el padre, la madre y los hermanos, seguían viviendo dentro del que les sobrevivía. Dicha comida fúnebre, vendría a ser un endocanibalismo, en el cual se consumen personas del mismo grupo tribal; sería a la vez una expresión de animismo, por la cual, estando el alma ligada con la materia, al comer ésta (materia) las escencias imponderables de aquélla (alma) se trasladaban al espíritu de parientes y amigos²³.

Canibalismo ritual en diferentes tribus americanas.

La costumbre de consumir carne humana no fué una costumbre solamente araucana. Tribus de diversas zonas de América practicaban la antropofagia ritual en prisioneros de guerra. Su significado era religioso, ya que sus ofrendas humanas iban dirigidas a dioses protectores, a elementos de la naturaleza y a sus antepasados. Recurrían también a las inclinaciones de esclavos y prisioneros cuando moría algún jefe principal o si éste padecía cualquier tipo de enfermedad. Otro de los motivos por

los que sacrificaban víctimas, era el de la venganza por afrentas sufridas en la tribu, o por la muerte de sus guerreros.

Las víctimas eran sacrificadas en el transcurso de una gran celebración; la muerte casi siempre era precedida de la tortura, la que era aplicada a los mártires en va riadas formas: usando el fuego, la cruz y el descuartizamiento lento, amén de otro tipo de barbaridades como clavar al mártir con puntiagudas estacas ardientes, la mutilación de orejas, cortarle la nariz hasta el hueso, labios, ojos, etc., para luego chamuscar las partes mutiladas; le mordían la carne o se la abrían con afilados cuchillos, arrancaban el cuero cabelludo y luego le aplicaban arena caliente. Este tipo de suplicio era practicado por la tribu de indios shawness de Kentucky, en Norteamérica²⁴.

Después de la tortura, comenzaba la comida ritual; si la víctima no resistía los espantosos tormentos y moría durante la aplicación, escapaba a ser devorado vivo. De no ser así, sufría la más horrosa agonía de ser descuartizado vivo y devorado calradamente. Si la víctima era un esclavo o un prisionero, le asaban a fuego lento; dejando el hervido solamente para parientes, amigos y miembros de la tribu²⁵.

Confían también a sus muertos, con la idea de que el alma residía en la materia, y comiendo ésta, mantendrían viva a la persona que había fallecido. Era una demostración de extremo amor y recuerdo²⁶.

Los aborígenes del Amazonas tenían esta costumbre, entre ellos se encontraban los capanahuas, cashibos carapaches y cocomas. Los cocomas, luego de comer a sus muertos, molfan los huesos y el polvo resultante lo echaban a sus bebidas. Decían que era mejor estar dentro del vientre de un amigo que estar sepultado en tierra helada²⁷. Los terianos y tucanos, un mes después de los funerales, desentierran el cadáver, y lo colocan en una gran paila sobre el fuego hasta que todas las partes volátiles se evaporan con un olor horrible, dejando sólo una masa carbonizada que se muele hasta reducirlo a polvo. Esto se echa en las tinajas de caxiri (chicha) y es bebida por los reunidos²⁸.

La primera señal de que en América se consumía carne humana, data de fines del siglo XV (1494) cuando Colón arribó a las costas antillanas (Caribe). Los indios lugareños le informaron, de que en ciertas islas de la zona, habitaba una tribu en la que se comían a los hombres. Dicha tribu se ubicaba en las islas San Vicente, Santa Cruz y la Martinica; pasaron a la historia con el nombre de caníbales (cannibas), llegando a ser el nombre caribe sinónimo de antropofagia²⁹.

En Sudamérica, las tribus antropófagas se ubican en Colombia, Brasil, antiguo Perú, Venezuela y Paraguay³⁰. Practicaban un canibalismo ritual-mágico con prisioneros de guerra y esclavos; aunque en algunas zonas el rito dejó de ser religioso dejando paso a una práctica degradante y bárbara. El cronista Cieza de León, narra como en algunas zonas del antiguo Perú, el ritual se aparta de la religión, dejando paso a la gula:

"La segunda vez que volvimos por aquellos valles, cuando la ciudad de Antiocha fué poblada en las sierras que estan por encima dellos, oí decir que los señores o caudales de estos valles de Nord buscaban de las tierras de sus enemigos todas las mujeres que podían, las cuales traídas a sus casas, usaban con ellas como con las suyas propias; y si se empreñaban dellos, los hijos que nacían los criaban con mucho regalo hasta que hablan de ce o trece años, y desta edad, estando bien gordos, los comían con gran sabor, sin mirar que eran de su sustancia y carne propia; y desta manera tenían mujeres para solamente engendrar hijos en ellas, para después comer; pecado mayor que todos los ellos hacen³¹"

Agrega que los prisioneros de guerra, se convertían en sus esclavos; eran usados como sementales para engendrar hijos en mujeres de la tribu. Sus hijos eran devorados entre los diez y los trece años. Cuando ya el esclavo estaba muy viejo y débil para engendrar, se lo comían³².

Los indios de la provincia de Arma, eran aún más carnívoros y viciosos, según Cieza de León. Refiere que las mujeres embarazadas eran el plato más apetecido por estos aborígenes; estando en avanzado estado de gravidez, eran sacrificadas abriéndoles el vientre para sacarles la criatura, la que era inmediatamente asada y devorada con gran deleite. A la madre, se la comían en el mismo momento. Sostiene:

"Son tan amigos de comer carne humana que se ha visto haber tomado indias tan preñadas que querían parir y con ser de sus mismos vecinos, arremeter a ellas y con gran presteza abrirles el vientre con sus cuchillos de pedernal o de caña, y sacar la criatura; y habiendo hecho gran fuego, en un pedazo de olla tostarlo y comerlo luego, y acabar de matar la madre y con las inmundicias comerse-la con tanta prisa, que era cosa de espanto³³"

Rito caníbal entre los tupiguaraní.

Los indios tupiguaraníes, pertenecientes a la rama lingüística Tupi se ubicaban en territorios al sur de Brasil y el norte de Paraguay. Al igual que sus parientes de Brasil, los tupinambá practicaban el rito cruento con prisioneros de guerra. Mataban y devoraban a sus víctimas en celebraciones que duraban cinco días.

Frecuentemente se alzaban en pie de guerra en contra de tribus vecinas con el único fin de capturar prisioneros. En la guerra, perseguían la captura y no la muerte del enemigo³⁴, ya que lo más importante era preservarlos vivos para darles muerte en sus fiestas. Cada guerrero tupiguaraní se esforzaba por capturar más prisioneros, ya que éste era el medio de lograr más nombres y de subir en la escala militar. El nombre del cautivo pasaba a ser de propiedad del que lo capturaba.

Solían adornar a sus víctimas con grandes galas antes de entrara la tribu: "se les depilaba las cejas, pestañas y barba, les cortaban el cabello más arriba de las orejas, se les tonsuraba toda la parte superior de la cabeza, quedándoles un aro de cabello, dice Staden³⁵. Luego, embetunaban el cuerpo de las víctimas con goma pegándoles plumas amarillas de la cabeza a los pies³⁶.

Un gran gentío esperaba la entrada de los prisioneros, agitaban continuamente maracas que portaban en las manos. En medio de cantos y gritos, los cautivos entraban a la tribu; se les obligaba a decir: "vuestra comi

da ha llegado". Como respuesta, recibían golpes y tiros de la soga que les ceñía el cuello, las que más pegaban e insultaban a las víctimas eran las mujeres, continuamente se daban suaves golpes en la boca. Acercándose en grupos y bailando, cantaban a coro: "Habéis dado muerte a muchos de los nuestros. Nos vengaremos". Las víctimas respondían: "Los verdaderos valientes mueren en el país de sus enemigos, los nuestros nos han de vengar"³⁷

Pasados unos días, las víctimas eran tratadas con amor y consideración. Las brutalidades eran reemplazadas por mimos y cariñosos gestos hacia los prisioneros. Estos eran odiados y amados a la vez³⁸.

El amo de un prisionero, lo tomaba como esclavo personal quien debía servirle de por vida. Le hacía entrega de todo lo que había pertenecido al difunto que deseaba honrar con la muerte del esclavo. Le protegía y proporcionaba todo lo necesario para vivir. Vivía sin grandes sobresaltos en la aldea, como cualquier hombre libre, su condición de víctima y esclavo era señalada por un grueso collar tejido con hebras de algodón de distintos colores³⁹.

Por esposas, se les daban mujeres viudas o solteras, las que debían estar alertas en caso de que sus maridos ocasionales quisiesen escapar del cautiverio. Si permitían que huyeran o escapaban juntos, eran sacrificados los dos. Los hijos que nacían de estas uniones eran señalados como "hijos del enemigo"⁴⁰, eran sacrificados junto antes o después de su padre. La venganza se consumaba hasta "la primera generación del enemigo"; las madres entrega



Mujeres pintando la ibirapema y el rostro del prisionero.

ban a sus hijos para que los matasen y por ello eran con
sideradas dignas ya que cumplían fielmente con los ritos
estipulados.

Fijado el día del sacrificio, los ritos precedentes se
cumplían en cinco días. En el primero se elegían a los
miembros de la tribu que tomarían parte activa en el sa-
cificio, una vez seleccionados, cada uno de ellos debía
ayudar con la alimentación de las víctimas. La cuerda
con que lo atarían. (musurana) era pintada de blanco y
secada en el fuego (todo esto se llevaba a cabo en el
centro de la aldea). Luego, era llevada en dos vasijas
a la ruca o maloca del amo del prisionero. Inseguida de
estos actos, los prisioneros eran obligados a bailar,
mientras la concurrencia lanzaba plumas amarillas y azu-
les⁴¹ sobre sus cabezas. El mismo día, cada prisionero
era engalanado: se le afeitaban cejas y parte delantera
de la cabeza, el cuerpo se le pintaba negro y se le cu-
bría con plumas amarillas de la cabeza a los pies.

Durante la noche, se les permitía descansar y dormir acom
pañados de un grupo de viejas pintadas de negro que ento-
naban cantos de alabanza a sus héroes caídos y otras can
ciones alusivas al sacrificio.

El segundo día empezaba y transcurría alrededor de una
gran fogata, donde bailaban hombres y mujeres con armas
en las manos. Las víctimas debían estar presentes, mi-
rando los bailes pero no participando de ellos. Los bai-
larines, amenazaban con rudos y fieros gestos a las víc-
timas. El tercer día de celebración, bailaban mujeres y
guerreros de la tribu, tomados de la mano.



Descuartizamiento del cuerpo del prisionero.

En el cuarto día, la víctima recibía un baño de purificación en un lago o río cercano a la aldea. En el camino de regreso, era atacado sorpresivamente por los guerreros, quienes fingían herirlo, de los que la víctima se defendía sin armas ysemiamarrado. Si el cautivo era muy fuerte, lograba derribar a uno o dos; pero éstos se renovaban en el ataque, hasta que lo vencían.

Una vez en la plaza de la aldea, era recibido por un grupo de mujeres que portaban la musurana en dos vasijas. Le ataban el cuello con ésta y luego, tomando los extremos de la cuerda cantaban a coro: "Somos aquellas que tiramos del cuello del ave"⁴².

Luego, era nuevamente adornado con plumas y una especie de sombrero o casco de cera adornado con plumas se lo colocaban en la cabeza. El grupo de mujeres que le habían atado el cuello con la musurana, cantaban todo el tiempo y corrían en grupos de cuatro, defendiéndose de invisibles atacantes. Todas lucían un complicado adorno a modo de vestido de plumas, ceñido a la cintura con una cuerda de algodón. Los instrumentos de martirio (tangapenas)⁴³ eran adornadas: el mango o asta, era forrado con hebras de algodón de colores distintos, formando dibujos geométricos, rematando en un adorno de plumas grandes y pequeñas multicolores. Sobre la superficie de los filos del hacha, pegaban con goma una pasta verdosa, la que era retocada con guardas de pintura negra y roja⁴⁴.

Acercándose la noche, los prisioneros eran conducidos hasta su última morada: pequeñas chozas habían sido cons



**Comiendo la carne de la cabeza del prisionero.
Al lado, Hans Staden con las manos en actitud
de rezar.**

truidas a un costado de la plaza para albergar a las víctimas. Las tangapewas eran colocadas en la ruca donde serían veladas.

Cada prisionero era ataviado, ahora, con sonajas de frutos secos en las rodillas y tobillos. Luego, eran sacados de las chozas para que participasen en el baile general.

Vueltos los cautivos a sus chozas, los demás participantes de la fiesta bailaban y bebían hasta que les rendía el sueño. Las únicas que seguían cantando y bailando, era un grupo de mujeres, teñidas de negro y adornadas con plumas blancas, que velaban los instrumentos de suplicio. Dicho baile era acompañado de golpes de tambor (curugú).

El día quinto, todos se presentaban tatuados y adornados según su rango: los principales guerreros y brujos se depilaban la cabeza sólo dejando un arco de pelo en la cima. De las partes rasuradas pegaban plumas, o simplemente ostentaban una corona de ellas. Del cuello, les colgaban collares de dientes humanos; en muñecas y tobillos, se colocaban pulseras de plumas. El cuerpo, se lo pintaban de negro y rojo.

Los otros guerreros de menor jerarquía lucían atuendos y tatuajes más simples. Las mujeres dejaban su pelo suelto o trenzado, usaban aros de piedras multicolores y collares de dientes. También llevaban pulseras y otros adornos, además se tatuaban.



Asando los pedazos del cuerpo del prisionero.

El prisionero era conducido a la plaza de la aldea donde se le daría muerte ritual. Un grupo de mujeres teñidas de negro, le llevaban atado del cuello con la musurana. Le seguía la esposa quién se lastimaba y quejaba seguidamente. El cautivo iba con el casco de cera en la cabeza y todo el cuerpo cubierto de plumas amarillas (semejando un ave). Ya en la plaza, la cuerda que le ceñía el cuello era puesta en la cintura, un grupo de mujeres corría tras él y le mostraban el sol para que lo mirase por última vez. Mientras se desarrollaba esta ceremonia, una multitud de gentes destrufan la choza de la víctima.

Las viejas que se ocuparían de desmembrar el cuerpo y asarlo, se paseaban delante de la víctima mostrándole las vasijas que contendrían la carne; luego iban y venían hacia y desde el bucán (especie de parrilla actual).

El hacha de dos filos era entregada por las viejas que la habían adornado al padrino del ejecutor (indio principal); entretanto, el oficiante o sacrificador, se acercaba al lugar del martirio dando saltos y haciendo gestos de ave de rapiña, venía con una capa de plumas rojas y el cuerpo pintado de blanco. Un casco de cera le ceñía la cabeza, un manojo de plumas en la cintura y pulseras de plumas rojas en las muñecas y tobillos⁴⁵.

El momento final:

El padrino entregaba el arma de martirio al victimario, quién se alzaba amenazante ante el prisionero. Comenzaba entonces un breve discurso en que el ejecutor preve-



Mujeres y crias sorbiendo caldo de huesos.

nía a la víctima de que le mataría en venganza de la muerte de sus parientes; luego, hacha en mano, le daba golpes sobre la cabeza pero sin tocársela. El cautivo se defendía, hasta que ya, muy agotado se entregaba a la muerte. Un certero golpe le rompía la cabeza, si no moría inmediatamente, era rematado en el mismo lugar⁴⁶.

Descuartizamiento del cuerpo y distribución de la carne:

Muerta la víctima, las viejas arrastraban el cuerpo hacia el fuego. En medio de gritos y desorden general, raspaban la piel para quitarle las plumas y adornos:

"Un experto en estos quehaceres seccionaba el cadáver con una piedra filosa y un hacha: primero abría el vientre, y luego separaba las piernas por encima de las rodillas, y los brazos por debajo del hombro. Con estos cuatro pedazos otras tantas mujeres corrían por los cuatro costados de la tava.

luego el cuerpo era abierto en dos, por la espalda, y la cabeza cortada.

Con las entrañas se preparaba un caldo o potaje en el que hervían también la cabeza. El resto se ponía en los asadores de palo y principalmente, en el bucn, hecho de ramas, donde a fuego lento la carne quedaba entre asada y ahumada.

Por este último sistema, era posible conservar trozos de carne, que los invitados llevaban a sus tavas, dando motivo a otras fiestas, o guardaban los dueños de casa igual finalidad⁴⁷.

Quando el sacrificado era uno solo, muy poca cantidad, de sopa podían tomar los concurrentes; pero, aunque fuera un sorbo pequeño les servía para nutrir el alma⁴⁸.

C A P I T U L O I V. DESTINO DE LOS DESPOJOS DEL SACRIFICADO.

Quando la víctima exhalaba su último aliento de vida, los participantes del sacrificio se abalanzaban sobre el mártir para terminar de despedazarlo. Las partes del cuerpo que aún no habían sido mutiladas y comidas, prontamente eran separadas del resto. El corazón era arrancado brutalmente del pecho; y pasado de mano en mano entre los indios más principales. Cada uno le daba una mordida y luego entregaba éste al toqui que aguardaba su parte; a cada mordida aspiraban humo de una quitra (pipa) y lanzaban el humo hacia el Occidente¹.

La cabeza era cercenada de un sólo golpe y colocada en la punta de una lanza. Se daba principio a la parte más importante de la fiesta; los guerreros desnudos hasta la cintura, tocaban victoria con las flautas hechas de los huesos de los brazos y canillas de la víctima. Con movimientos feroces amenazaban hacia la tierra de sus enemigos, puesta la cara del decapitado mirando en la misma dirección, con los pies golpeaban la tierra al són del toque de las flautas; gritos y cantos conformaban el cuadro de infernal aspecto. Después enviaban la cabeza a lejanas provincias de indios, para demostrar con ésto de que ya habían muerto a otro enemigo y que harían lo mismo con los demás².

Descarnaban y desollaban la cabeza y fabricaban un vaso, pintado de vistosos colores en el que sólo podían beber los indios principales. Lo llamaban "ralilonco" que quie

re decir: vaso de cabeza, en el que sólo bebían los nobles y no toda la tribu. La cabeza era heredada por los hijos del dueño; en caso de guerras la sacaban como bandera, ya que la mostraban ante el ejército de guerreros para animarlos a la lucha, y para que cogiesen otras tantas. Diego de Rosales señala que:

"Cuando en la guerra matan a algún general o persona de importancia y le cortan la cabeza, le toca guardarla al toqui general, como presa de grande estima y que pasa de padres a hijos como vínculo de mayorazgo, y en las ocasiones de guerra o de alzamientos la saca como estando Real que quitaron al enemigo y para animar a todos sus soldados y provocarlos a la guerra con la esperanza de coger otra cabeza semejante y con el ejemplo de sus antepasados que ganaron aquella. Guardan el casco después de averte pelado y descarnado en agua caliente y en las fiestas y borracheras de mucho concurso le sacan para beber en él por grandeza que solamente los caciques y las personas graves beben, por honra que se les hace, en la cabeza que llaman Rali-lonco, que quiere decir vaso de cabeza, en el cual no bebe jamás la gente vulgar."

Los cráneos eran guardados como trofeos de guerra, ya convertidos en vaso donde bebían chicha en las grandes fiestas los indios principales, o colocados en estacas de caña en el frente de la ruca⁴.

Una de las fiestas más importantes que celebraban en ocasiones notables, como la concertación de una expedición bélica a territorio enemigo, o celebración de victoria en combate, en la que participaban indios de diferentes parcialidades, era la del Loncoprún o baile de las cabezas.

Para dicho evento construían un armazón de leños o tablas dispuestas en forma de cuadro, con tabloncitos organizados en subida (escalera), alrededor del tablado se alineaban los asientos de los principales caciques. Según Ricardo Latchman⁵ sobre los tabloncitos se efectuaban los bailes y ceremonias cantadas, cada indio lucía máscaras de piel de animales: "La primera grada tendría más o menos una vara de altura del suelo, y las demás un poco menos, una sobre otra. El tablado de arriba era de considerables dimensiones, y consistía en una plataforma o podemos decir un proscenio en que se efectuaba la representación. En el centro se levantaba un árbol de canelo, símbolo obligado en todas sus fiestas y ceremonias. Este árbol se afianzaba con gruesos cordones o maromas, sujetas a firmes estacas plantadas a las cuatro esquinas del andamio⁶. Dicha construcción es nombrada como palenque por los cronistas de la época; Rosales les da el nombre de Meliu a los tabloncitos cuando dice: "Y luego se suben en unos bancos o tabladillos altos que llaman Meliu y allí prosiguen bailando y cantando⁷".

Núñez de Pineda hace una descripción del tabladillo en que bailaban los indios:

"porque la fiesta es comer, beber y bailar, cantando todo el día y toda la noche, como lo hicieron más de cuatro mil almas que se quedaron en los andamios y bancos con los cantores, y en sus sitios y lugares otros... Ya dije antes de esto, que en medio del palenque estaba hincado o clavado un árbol de canelo muy crecido, y porque no blandease o se hiciese pedazos al tiempo que más necesario fuese, por ser madera vidriosa y delicada, le tenían liado a otros dos árboles gruesos y fornidos, de donde pendían unas maromas gruesas, que sus extremos llegaban a fijarse en otros postes firmes y robustos que de

estribo servían a los bancos del baile y al palenque... El distrito que ocupaban, era de más de dos cuerdas a lo largo, cercado por dos lados en triángulo de unas ramadas a modo de galerías, cubiertas y cercadas por la poca seguridad del tiempo; estas galerías tenían sus divisiones y aposentos, adonde los parientes y deudos que hacían el festejo, tenían las botijas de chicha, carneros, ovejas de la tierra, vacas y terneras.

Asentáronse todos a la vista de los que estaban cantando y bailando en las gradas y escaleras del andamio... En esto me puso el cacique en la primera grada, que estaría del suelo una vara, y habla sobre ella otras cinco gradas, a distancia de tres cuartas poco más o menos las unas de las otras... como el andamio y las gradas estaban en cuadro...

Construido entonces el palenque y cada participante en su lugar, colocaban las cabezas de los españoles muertos en las ramas del árbol del canelo, con los rostros hacia fuera para que pudieran verlos de distintos ángulos. De las ramas en donde reposaban los cráneos, pendían cuerdas de lana de diferentes coloridos; el compás de la música y del baile que consistía en agacharse y levantarse alternadamente, sin casi levantar pies y manos; los caciques tirando de las lunas colgantes hacían bailar las ramas con las cabezas que estaban en ellas.

Las vestimentas que solían usar en estas fiestas eran variadas y pintorescas; hábitos religiosos, parte de la vestimenta de un soldado español, vestidos de mujeres, pieles de animales que los cubrían totalmente, con la piel de la cara de las bestias como máscaras feroces. Otros se cubrían con capas de cuero recubiertas con plumas amarillas, rojas, verdes y blancas.

Para amenizar el baile, en el que todos se movían hacia arriba y abajo al mismo tiempo, unas cuantas mujeres y muchachos servían a los bailarines y caciques vasos de mudai desbordante. González de Nájera describe detalladamente la fiesta....:

"Muchas veces se congregan los indios a festejar sus bo ra cheras, y señaladamente cuando han tenido alguna v i c t o r i a de los nuestros. Juntánse pues, en un ameno y verde campo, cerrado de arboledas con gran provisión de c h a t a r o s y sus bebidas, de que llevan cargadas sus m u j e r e s, y en el medio del llano plantan un pimpollo o á n o l o nuevo de limpio y derecho tronco, y en la cima muy acopado de hoja, el cual árbol llaman de canela. En lo alto a la redonda de sus ramas, ponen las cabezas de los e s p a ñ o l e s que han muerto, cada una en su rama, de manera que se ven los rostros desde fuera, los cuales tienen adornadas de flores y guirnaldas, y aún les ponen sus mismos zarcillos algunas indias. A la redonda del árbol tienen puesto en círculos bancos de tablones, que son los puestos de los caciques y capitanes, y no digo asientos porque están siempre en pie con la perseverancia que diré. De las ramas donde están las cabezas bajan unas cuerdas de lana de diferentes colores, que cada una viene a tener en la mano un cacique de los que están a la redonda del árbol, puestos de pie sobre los bancos como dije. La demás gente anda a la redonda de los bancos por un espacio del campo, mujeres y hombres todos en hileras, con figuras y disfraces tan varios, n i d i c u l o s y disparatados que no se pueden bien referir. Porque unos traen parte de vestidos de soldados españoles y otros hábitos de religiosos, clérigos y frailes, todo mezclado, casullas, capas de cono y otros ornamentos de iglesias, otros andan cubiertos de pieles de fieras con las cabezas boqui-abiertas, que caen encima de las suyas, mostrando sus grandes dientes; y otros por la misma manera con pieles de cabrones de diformes cuernos. Otros traen puestas capas de cuero semejantes... en su hechura a las de cono, cubiertas por de fuera unas plumas amarillas, otras de coloradas y otras verdes de los gallos y gallinas que creían blancos... Puestos, s i n a l m a n e r a, de la manera, al estruendo de sus confusos y bárbaros instrumentos de tamboriles y cornetas hechas de cañillas de piernas de españoles, que hacen un son

más desconcertado y triste que alegre, bailan todos moviéndose a unos mismos tiempos, encogiendo y levantando los cuerpos al mismo son que tocan, sin descomponer los brazos ni levantar los pies del suelo más de los calcañes; y al mismo son van también tirando los caríques las cuerdas de lana desde sus bancos dō están los pies, de manera que al compás del general movimiento y modo de su común baile, hacen también menear o bailar las ramas con las cabezas que están en ellas... Entre toda esta gente que anda como fuera de sí, ocupada en aquel su tan agradable baile, anda gran número de mozas y muchachos con varios vasos lleros de sus vinos, dando de beber por todas las hileras a los que bailan, sirviendo entre los vasos algunos cálices... Cantan todos al són que dije, levantando y bajando a un tiempo el tono o voces, así como los cuerpos en el baile, cuyo tono no sé si se le llame canto o lloro, según la tristeza que infunde a quien lo oye. Y es cosa digna de consideración que por recibir estos indios tanto gusto y contentamiento de estos bailes y cantos, se les suelen pasar días y noches enteras sin tomar algún reposo. Vanse refrescando a menudo con las bebidas que dije, hasta que el cansancio y demagüada embriaguez, los va derribando por aquellos sus

De la piel de la cabeza, fabricaban un cintillo que llamaban "mañague" con el que se ataban los cabellos;¹⁰ con la piel de la cara de prisioneros españoles, confeccionaban una máscara seca y amoldada, especialmente las que tenían bastante barba y bigotes¹¹. La piel de las manos y del antebrazo, servía para hacer una pandereta que estaban a un palo luego de rellenarla con piedrecillas pequeñas; la ocupaban como instrumento musical en las celebraciones¹².

Las mandíbulas eran cocidas en un pellejo de zorra u otro animal, las usaban como adorno para el cuello o la cabeza¹³.

Los huesos que no utilizaban o que no comían, eran molidos y hechos polvo, los que luego bebían revueltos en chicha. González de Nájera cuenta que:

"A otros prisioneros los desuelizan vivos, y otros experimentan cada día nuevos linajes de tormentos y muertes, hasta venir a no dejar memoria de ellos; pues les comen las carnes y beben los huesos molidos. A muchos los van comiendo a medio asar a vista de sus ojos, los pedazos que les cortan de sus carnes, sin reservar después las que quedan en los ya difuntos cuerpos. Y en fin es tan grande la rabiosa y insaciable sed que tienen de que no quede memoria de nosotros en vida ni en muerte, que hasta los huesos se beben quemados y echos polvo mezclados en sus vinos¹⁴"

Todas las prácticas enunciadas como el cortar y conservar la cabeza del enemigo, luego de desollarla y guisar los sesos, mantener osarios de cráneos en las habitaciones, beber en el casco, hacer honra de poseer muchas cabezas y sacarlas fuera en las celebraciones grandes, es común en las tribus que conformaban América.

Dentro de ellas, una de las tribus más importantes que se dedicaba a la caza de hombres para cortarles la cabeza y hacer los debidos ritos, fué la tribu de los jibaros, en el Ecuador.

Para la caza de estos preciados tesoros, había un grupo especializado llamado Kakaram "el poderoso". Los kakaram, poseían el "arutam", un alma sanguinaria que se inclinaba a matar y reducir cabezas; pero no nacían con ella, sino que debían buscarla. A los seis años, eran llevados por sus padres hasta un manantial sagrado en donde debían ayunar por un período muy largo; pasado di

cho tiempo poseían el arutam y con ello una extrema necesidad de matar. Pero, cada vez que mataban perdían el arutam y debían volver a matar, y así sucesivamente.

Poseyendo el arutam, obtenían una segunda alma, el "muisak" que era el espíritu vengador del que había sido muerto. La forma de librarse de la venganza del espíritu, era reduciendo la cabeza del dueño para que el muisak penetrara en ella y quedara para siempre dentro de la cabeza¹⁵.

Los kakaram debían, cada vez que mataban y cortaban las cabezas de sus víctimas, reducirlas enseguida, convirtiéndolas en "tsanta", cabeza trofeo, de no hacerlo el muisak del difunto podía vengarse¹⁶.

"Tres grandes fiestas señalaban la preparación de una tsanta. Tenía cinco días de duración y se celebraban con intervalos de un mes; se invitaba a ellas a todos los moradores de las aldeas vecinas. En la danza ritual el hombre que había capturado la cabeza la sostenía en alto e iba acompañado de dos mujeres de su familia, que se mantenían agarradas a él. Se creía que de ese modo el poder del muisak penetraba en sus cuerpos. En cuanto al propio muisak, se estimaba que permanecía en la cabeza reducida hasta el fin de la tercera fiesta, momento en que los celebrantes la expellían hacia la familia a que pertenecía, con estas palabras: "Ahora vuelve a la casa donde vivías. Tu esposa te está llamando desde ella. Has venido aquí para hacernos felices. Finalmente, hemos terminado. Por lo tanto, regresa allí"¹⁷

En California, los wailakis, cortaban las cabezas de sus enemigos y las llevaban como trofeos bailando con ellos en sus ceremonias¹⁸.

En las Antillas, los cráneos y huesos se envolvían en paños de algodón para colocarlos en canastos. A veces, los cráneos se colocaban en figuras antropomorfas de algodón que se guardaban en las rucas de los caciques¹⁹.

En la antigua Colombia los indios de Antioquia (según Cieza de León), Quimbaya, Pozo, etc., comían a sus enemigos y las cabezas las ensartaban en estacas en la puerta de la habitación de un cacique²⁰.

En México, la colocación de cabezas de víctimas era aún más impresionante. Gómara escribe:

"En el gran patio que tenía forma de teatro estaba un osar de cabezas de hombres presos en guerra y sacrificados a cuchillo, a la cabeza y pie del teatro había dos torres hechas solamente de cal y cabezas los dientes afuera... Andrés de Tapia y Gonzálo de Umbría, los contaron un día y hallaron 136.400 calaveras en las vigas y gradas. Las de las torres no pudieron contar²¹" (descripción de lo visto en el templo teocalli Uiccilopuchtlí).

Esta costumbre se repite en todas las tribus de América, pero la costumbre de renegar el árbol sagrado con las cabezas (Baile del Lancoprún) es solamente araucana.

En cuanto a la práctica de desollar el cuerpo de las víctimas (vivas o muertas) es también general. Gómara asegura que los indios de Pánuco mataron a muchos españoles, comiéndolos enseguida y aún los desollaron, y pusieron los cuerpos bien curtidos en los templos por memoria y ufanía²².

En 1521, se envió una expedición de 700 españoles a reducir por las armas a los de Pánuco, pero éstos mataron más de la mitad, procediendo a desollarlos y rellenar las pieles con paja u otros elementos, y luego los colocaron en sus templos²³.

En Colombia, Cieza de León afirma que los indios de Calidaban similar tratamiento a sus víctimas:

"...abatíanlos con cuchillos de pedernal i los desollaban, y después de haber comido la carne, henchían los cuerpos de ceniza i hacíanles las caras de cera con sus propias cabezas, poniéndolos en la tabla de tal manera, que parecían hombres vivos. En las manos a unos ^{les} ponían dardos, y a otros lanzas, i a otros macanas²⁴

En Arauco, los indios desollaban también a sus víctimas, aunque éstas fuesen mujeres. En el año 1556, en Valdivia, tomaron prisionera a una esclava negra, luego de frotarla creyendo que el color era teñido, terminaron desollándola y rellenando la piel con paja. Góngora Marmolejo dice:

"...esta negra llevaron a la ribera de un río y la ataron de pies y manos, tendida a lo largo le echaban cántaros de agua encima y con arena la fregaban con toda la aspereza a ellos posibles; creyendo que la color que tenía no era natural, sino compuesta; y desde que vieron que no podían quitalle aquella color negra la mataron, desollándola como jente tan cruel; y el pellejo lleno de paja traían por la provincia. Todo lo dicho acaeció en estas ciudades de 1556 años²⁵

A los prisioneros españoles, los desollaban completamente, la piel que más preferían era la de la cara, especialmente las que tenían barba y bigotes. Las usaban

como máscaras en las grandes celebraciones. González de Nájera sostiene:

"suelen traer algunos destes bárbaros en estos juegos puestas máscaras de piel seca y amoldada de rostros españoles; estimando en mucho las que tienen mucha barba y bigotes²⁶"

En cuanto al uso de la piel de las manos González de Nájera dice:

"Tasen algunos hecho guante de la piel seca y dura de mano de español, atada por la muñeca de un palo, sonando dentro del hueco algunas piedruzuelas con que van haciendo son conforme al de su baile como con pandeuelas de niño²⁷"

Sostiene Latcham, que el uso de la piel de las manos es particular de los araucanos, ya que ninguna otra tribu de América ocupaba dicha piel como instrumento musical o de alguna otra forma. Al parecer, el resto de las tribus, confían todo junto sin darle importancia a la piel de las manos²⁸.

Refiriéndose a la comida fúnebre, y a la distribución de la carne del cuerpo, entre los araucanos, el corazón era comido por los caciques principales que tomaban parte en el banquete ritual. El resto de los miembros, eran comidos por todos sin ninguna distinción de categoría, sexo ni edad; tanto mujeres, niños, jóvenes y ancianos comían cualquier parte que les tocara, ya que todo servía para nutrir el espíritu²⁹.

En la tribu de los tupinambá, la comida ritual y la dis

tribución de los órganos vitales, se atenía tanto a la categoría social como a la sexual. Una vez consumado el sacrificio, los niños se untaban con la sangre todo el cuerpo y metían las manos en una abertura del vientre arrancándole intestinos y demás órganos³⁰.

La lengua y el cerebro eran devorados por jóvenes guerreros; los viejos sólo comían la piel de la cabeza y otras partes del cuerpo, como la carne de la espalda, estómago, brazos, etc. Las mujeres, consumían los órganos genitales para poseer mayor fertilidad. En fin, todos los que no habían tocado ningún trozo de carne, por ser muchos los participantes, o una sola víctima, sorbían un caldo que preparaban con los huesos, cabeza, manos y pies³¹.

En Arauco, los huesos que no utilizaban en la confección de flautas, eran machacados hasta convertirlos en polvo para luego bebérselos, con la intención de retener completamente el espíritu del inmolado, especialmente si eran de soldados españoles muy valientes, o de indios enemigos muy astutos y sagaces. No se puede asegurar que hayan hecho lo mismo con los huesos de sus parientes difuntos, para retener su espíritu con ellos.

Los atacapas y chitimacas, ubicados geográficamente en el golfo de México, tenían esta costumbre respecto de sus parientes;³² los aborígenes del Orinoco molían los huesos de los caídos y luego los bebían con sus vinos³³. Entre los indios Amahuaca de la frontera peruano-brasileña, también acostumbraban a consumir los huesos hechos polvo de sus muertos:

"En el transcurso de una noche murió un niño pequeño, . . . el cuerpo fué enterrado en una fosa poco profunda en un ataúd hecho de ollas amarradas con fibras vegetales, en el que se colocaron también algunas cosas relacionadas con el niño, como trapos, una hamaca y unos juguetes de olote. La madre visitaba diariamente la tumba. . . y al séptimo día, como de costumbre, el cuerpo fué desenterrado para su cremación. Se colocó leña hecha del péñon de la madre, rajado especialmente para la ocasión, y otros combustibles, alrededor de las vasijas cerradas que contenían al difunto y se encendió el fuego. Después de algún tiempo se abrieron las ollas y se agregó más leña para completar el proceso. Una vez frío el contenido, la madre sacó los diminutos pedazos de hueso que quedaban. Las ollas y las cenizas fueron llevadas de vuelta a la tumba y enterradas de nuevo. Yamba Wachi, la madre del niño siguió aullando intermitentemente durante varios días más, teniendo la vasija con los huesos en el regazo. Durante ese lapso su hijo adulto comió un nuevo pilón. Una vez terminado, ella molió maíz e hizo papilla. Con esa papilla mezcló el polvo de hueso y bebíó la mezcla"³⁴

Entre los indios caribeños, los huesos de sus deudos no eran molidos, sino que los guardaban en sacos (bohíos) dentro de sus habitaciones, por atribuirseles virtudes mágicas. Los huesos conservados eran utilizados por brujos y hechiceros³⁵.

En suma, las formas de sacrificio y diferentes cultos que observaban las sociedades tribales en América, se dieron entre los araucanos con leves variaciones, especialmente la referida al uso de la piel de las manos. Poseían el culto de la cabeza y el de los huesos al igual que el de devorar a sus prisioneros con el fin de hacerse partícipes de su valor y del resto de su materia antropomórfica.

CONCLUSIONES

La costumbre de sacrificar y devorar seres humanos obedeció a un sentimiento religioso universal, ya que en diferentes lugares del mundo, las sociedades tribales incluían en sus ritos religiosos a ofrendas humanas en honor a dioses y antepasados. Dichos ritos eran consumados para expiar en las víctimas la muerte de guerreros de la misma tribu con el fin de apaciguar los espíritus de los dioses; también para apartar enfermedades y accidentes o bien con el fin de lograr buenas cosechas.

En cuanto a la comida fúnebre, existía la superstición de que mediante la ingestión de la carne de la víctima, traspasaban la materia anímica de esta última a sus propios cuerpos. Por ello, en algunas tribus como la de los tu pinambá, cada miembro de ella, consumía el trozo de carne que le correspondiese según su categoría social. En Arauco, la distribución de los restos del inmolado también se hacía según dichas categorías, ya que el corazón y la cabeza eran reservados a los nobles, dejando lo demás del cuerpo a los otros participantes del rito.

Las víctimas eran de tres condiciones, ser capturados en batalla y luego convertido en víctima, ser comprado como tal a otras agrupaciones indígenas y, por último haber nacido de padre víctima o ser consagrado para la muerte desde el nacimiento. Las dos primeras condiciones se dieron en Arauco, ya que se mantuvieron en guerra antes

y después de la conquista española, lo que les permitió poseer muchos prisioneros con que celebrar sus ritos, los que a la vez eran vendidos o comprados entre las mismas tribus. La tercera condición no se dió entre los araucanos, ya que al prisionero que se le perdonaba la vida, se le integraba al linaje como un miembro más, lo mismo a los hijos que tuviera en su vida de cautiverio, por lo que ya no se pensaba en sacrificarlos. En cambio, entre los tupiguaraní, los hijos de los prisioneros eran llamados "hijos del enemigo" y eran sacrificados con el padre o solos. Las mujeres eran reservadas para procrear y dar a luz a futuras víctimas.

Entre los araucanos, el rito cruento era de carácter religioso-mágico y religioso expiatorio. Esta dualidad se entiende de que al ser mágico todas las cualidades del alma y cuerpo del hombre que devoran, pasa a ser parte de los que lo consumen. De ahí, que las víctimas preferidas eran los hombres más valientes y astutos que capturaban. Era a la vez un rito expiatorio ya que hacían pagar con la vida al infortunado mártir las muertes de los guerreros de la tribu, ante los espíritus de sus antepasados. Los largos padecimientos y crueles torturas que inflingían a sus víctimas, eran para demostrar la rabia y el encono que ponían en vengar dichas muertes.

No acostumbraron a sacrificar seres humanos en relación a ritos de fertilidad de sus mujeres o de la tierra, ya que las primeras eran desposadas según su capacidad de reproducción la que era bien estipulada al tratarse los fines del matrimonio. En cuanto a la tierra, la zona

de Arauco era un territorio fértil y apto para la agricultura y ganadería, debido a las buenas condiciones climáticas que imperaban.

Practicaron, al igual que en otras tribus de América y del resto del mundo, el culto de la cabeza y de los huesos. La cabeza recibía un tratamiento distinto al resto del cuerpo; se la desollaba y descarnaba y servía como vaso de beber a los principales jefes de la tribu; ya que suponían que en ella se contenía la inteligencia y virtudes del muerto. La cabeza se heredaba de padre a hijo manteniéndola guardada, clavada en una estaca dentro de la ruca, y se la sacaba fuera sólo en las grandes ocasiones. Pero, sólo en Arauco existió la costumbre del baile de las cabezas o loncoprunn en las grandes fiestas y celebraciones.

El culto de los huesos no presenta variaciones entre los araucanos del resto de las otras sociedades tribales, ya que los machacaban y convertían en polvo para beberse los en sus bebidas.

El uso que le daban a la piel de sus víctimas, era similar al de otras tribus de América. En Colombia, los indios desollaban a sus enemigos y rellenaban los cuerpos de paja; en Arauco desollaban la piel de la cara y luego la usaban como máscaras. La variación se presenta de que los araucanos utilizaban la piel de las manos para fabricar panderetas rellenas con piedrecillas pequeñas, mientras que las restantes tribus, en similar estado cultural no lo hacían.

La antropofagia era practicada sólo con fines religiosos, excepto casos de extrema hambruna por ocasión de guerras interminables.

A manera de término, se puede concluir que existió un canibalismo universal, practicado en todas las sociedades con fines religiosos. Luego, este canibalismo pasó a ser practicado simbólicamente, con animales, pasando a sustituir éstos a una persona. Entre los cristianos, se consume el pan y el vino, los que simbolizan el cuerpo y la sangre de Cristo.

NOTAS

INTRODUCCION

1. "Araucano" se deriva de "raq-ko" pronunciado "rauco" y, con prótesis "Arauco", que es "agua de greda", río de la región en que vivían los más guerreros de los indios de Chile". Padre Sebastián Englert, "Lengua y Literatura araucanas", p. 21.
2. Ricardo E. Latcham "La prehistoria chilena", pp. 151/152.
3. Tomás Guevara "Historia de Chile Prehispano", Tomo III, p. 181.
4. Tomás Guevara "Costumbres judiciales y enseñanza de los araucanos" pp. 28/29.
5. Tomás Guevara *Ibid.*, pp. 28/29.
6. Tomás Guevara *Ibid.*, pp. 28/29.
7. González^{de} Nájera "Desengaño y reparo de la Guerra del Reino de Chile", p. 54.

CAPITULO I.

1. Marshall Sahlins "Tribes" p. 12.
2. Tomás Guevara "La etnología araucana en el Poema de Ercilla", p. 162.
3. Osvaldo Silva G. "Crupos de filiación y territoriales entre los araucanos prehispanos". Cuadernos de historia # 5., p. 14.
"Precio de progonie", se refiere a que el novio al entregarle una cantidad de animales o tejidos, se esta compensando a todo el linaje por la pérdida de los hijos de la mujer, ya que pasarán a ser parte de la estirpe paterna".
4. Osvaldo Silva G. Ibid., p. 19.
5. Osvaldo Silva G. Ibid., p. 14.
6. Tomás Cuevara "Costumbres judiciales...", p. 40.
7. González de Nájera "Desengaño y reparo..." Ibid., pp 59/60. Al decir "amiga" se refiere a una de las esposas más nuevas.
8. González de Nájera "Desengaño y reparo..." Ibid., pp 59/60.
9. Jerónimo de Quiroga "Memorias de la Sucesos De la Guerra De Chile", p. 25.

10. Luis de Valdivia. *Ibid.*, p. 13. Malón: pelea o batalla.
11. Gómez de Vidaurre. "Colección de historiadores de Chile". Tomo I, p. 325.
12. Luis de Valdivia. *Ibid.*, p. 17. Ulmén: hombre principal u hombre rico.
13. Gómez de Vidaurre. *Ibid.*, p. 325.
14. Tomás Guevara "Historia de Chile prehispánico", p. 241.
15. Tomás Guevara. *Ibid.*, pp. 241/242.
16. Tomás Guevara. *Ibid.*, p. 16 El "huallipeñ" tiene su morada en el agua. Mito de figura deforme, cabeza de ternero, cuerpo de oveja, piernas torcidas y sin movimiento las posteriores: causa espanto a la gente y graves males a las mujeres, las cuales quedan predispuestas a concebir o dar a luz hijos fenomenales. A veces aparecen en el cuerpo contrahecho de cualquier animal, caballo, asno, vaca, etc. No hai madre que no tenga algún hijo físicamente anormal que no cuente una historia de Huallipeñ".
17. Tomás Guevara. *Ibid.*, pp. 241/242.
18. Diego de Rosales. "Historia general del Reyno de Chile, Flandes Indiano". pp. 124/125.
19. Lepán o lepún: lugar sagrado o círculo mágico endon de sacrificaban a los prisioneros, según Pineda y Bascuñan.

20. Jerónimo de Quiroga. *Ibid.*, p. 29.
21. Toqui o toque: cacique principal según Pineda y Bascuñán. También llamaban toque a un hacha, según el padre Luis de Valdivia.
22. Núñez de Pineda y Bascuñán. "Cautiverio Feliz, y ra zón de las guerras dilatadas de Chile, por Don Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán" p. 39.
23. Núñez de Pineda y Bascuñán. *Ibid.*, p. 39.
24. Núñez de Pineda y Bascuñán. *Ob.cit.*, p. 39.
25. Núñez de Pineda y Bascuñán. *Ibid.*, p. 40.
26. Garcilaso de la Vega. "Comentarios". Tomo I, fol.212 p. 253. "De la yerba o planta que los españoles llaman tabaco i los indios sairi, usaron mucho para muchas cosas; tomaban los polvos por las narices para descargar la cabeza" Según Tomás Guevara, en "La Etnología araucana en el Poema de Ercilla" asegura que el uso del tabaco y la hechura de las pipas provenían de los incas.
27. Núñez de Pineda y Bascuñán. *Ob.cit.*, pp. 40/41.
28. El empleo de la cruz, como parte del martirio, era una hurla al cristianismo pregonado por los españoles.
29. González de Nájera. p. 58.

30. González de Nájera. "Desengaño y reparo..." p. 57.
31. Jerónimo de Quiroga. *Ibid.*, p. 292.
32. González de Nájera. *Ob.cit.*, p. 57.
33. González de Nájera. p. 53.
34. Ovalle. Alonso de. *Histórica Relación del reino de Chile*, p. 133. Colección de Historia de Chile. Tomo XIII.
35. Fondo Claudio Gay. Vol. 1, f. 23.
36. Una legua = 4.513 metros. Dos leguas equivalen aproximadamente a 9 Kms.
37. Jerónimo de Quiroga. *Ob.cit.*, p. 82.
38. Jerónimo de Quiroga. *Ob.cit.*, p. 84.
39. Jerónimo de Quiroga. *Ibid.*, p. 84.
40. Fondo Claudio Gay. Vol, I, f. 23.
41. Fernández del Pulgar. "Colección historiadores de Chile". Vol. 29. p. 93.
42. Garcilaso de la Vega. "Colección hist. de Chile". Vol. 29, Cap. XXIV.
43. Ricardo E. Latcham. "La organización social y las creencias religiosas de los antiguos araucanos" pp 722/723.

44. Nigel Davies. "Sacrificios Kumanos" p. 266.
45. Nigel Davies. Ob.cit., pp 269/270.
46. Nigel Davies. Ob.cit., p. 271.
47. Nigel Davies. Ob.cit., p. 266.
48. Nigel Davies. Ibid., p. 161.
49. Nigel Davies. Ibid., p. 267.
50. Nigel Davies. Ob.cit., p. 312.

CAPITULO II.

1. Luis de Valdivia. "Arte y Gramática general de la lengua que corre en..." La denominación de víctima o cautivo recibía el nombre de tavayco o cautivo tomado en guerra., p. 11.
2. González de Nájera. Ob.cit., p. 54.
3. Núñez de Pineda y Bascuñan fué capturado por el indio Maulicán quién lo protegió de la muerte y luego lo ayudó a volver a sus tierras.
4. Tomás Guevara- "La Etnología araucana en el Poema de Ercilla" p. 226.
5. Diego de Rosales. Ob.cit., p. 123.

6. Diego de Rosales. Ob.cit., p. 123.
7. Carvallo y Goyeneche. "Colección historiadores de Chile". Vol. 10, p. 144.
8. Diego de Rosales. Ibíd., p. 124.
9. Diego de Rosales. Ob.cit., p. 124.
10. Diego de Rosales. Ob.cit., p. 124.
11. Diego de Rosales. Ob.cit., p. 125.
12. González de Nájera. Ibíd., pp 55/56.

CAPITULO III.

1. Nigel Davies. Ibíd., p. 1.
2. Ricardo E. Latcham. "Organización social y creencias religiosas de los antiguos araucanos" p. 722.
3. Tomás Guevara. "Ob.cit., p. 339. La sangre se emplea en las invocaciones, para curar enfermedades, en los bautizos de recién nacidos, como signo de juramentos, etc. No toda la sangre era considerada como buena, algunas eran peligrosas: la de menstruación, la del parto, etc.
4. Williams Arens. "El mito del canibalismo" antropología y antropofagia., p. 25.

5. Tomás Guevara. Ob.cit., p. 226.
6. En lengua mapuche Ilo=carne, Che=gente. Palabras derivadas como: ylon=carne para comer; ylon antú=día de carne; ylon camañ=carnicero; ylon ruca=carnicería. Ylochetunn=fiesta de carne de gente, porque Yloche=carne de gente y tunn=fiesta.
Luis de Valdivia. Ibid., p. 9.
7. Diego de Rosales. Ob.cit., p. 123.
8. Tomás Guevara "La Etnología araucana...": Los puntos cardinales tenían un significado místico. El este u oriente, era por donde se entraba el sol; el occidente era el camino que recorrían las almas en su ida a la tierra de los muertos.
9. González de Nájera. Ob.cit., p. 56.
10. González de Nájera. Ibid., p. 58.
11. González de Nájera. Ibid., p. 53.
12. González de Nájera. Ob.cit., p. 53.
13. Diego de Rosales. Ibid., pp 131/132.
14. Diego de Rosales. Ob.cit., pp 131/132.
15. Ricardo E. Latcham. "Organización social y creencias..." pp 722/723.

16. Alonso de Ovalle. "Colección hist. de Chile" Tomo XIII. "Sobre la crueldad de los araucanos con los presos de Guerra. Carta de Diego Rosales, superior de la Residencia de Arauco" pp 178/279.
17. González de Nájera. Ob.cit., pp 60/61.
18. W. Arens, Ob.cit., p. 25.
19. Góngora y Marmolejo. "Colección hist. de Chile" Tomo II. p. 57.
20. Mariño de Lobera. "Colección hist. de Chile" p. 177. Refiere que hubieron casos de autocanibalismo, en que un indio se cortó sus muslos para comérselos. Otro, cortó sus talones para liberarse del ceppo, y en el apuro por huir de los españoles, se los comió a medio asar.
21. Mariño de Lobers. Ob.cit., n. 177.
22. Gerónimo de Bihar. "Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reinos de Chile" (1558)., pp 242/243.
23. Blanco Villalta. "Ritos caníbales en América". pp 11/12.
24. Nigel Davies. Ob.cit., p. 268.
25. Lévi-Strauss, Claude. "Totemismo"., p. 586. "hervir es la forma usual de preparar el alimento para consumo doméstico, mientras que asar es más típico para la comida de los huéspedes.

... propone que entre los caníbales el hervido será empleado con mayor frecuencia en la preparación de parientes, siendo el asado el método preferido para los enemigos".

26. Blanco Villalta. Ob.cit., pp 70/71.
27. Ricardo E. Latcham. "Costumbres mortuorias..." Ob.cit., p. 27.
28. Ricardo E. Latcham. "Costumbres mortuorias..." Ob.cit., p. 27.
29. W. Arens. Ob.cit., pp 47/48/49/50.
30. Ricardo E. Latcham "Costumbres mortuorias de los indios de Chile y otras partes de América", p. 73.
31. Cieza de León. "La Crónica del Perú". Cap. XIX.
32. Cieza de León. Ob.cit. Cap. XIX.
33. Cieza de León, Ob.cit. Cap. XXI.
34. Blanco Villalta. Ibid. pp 77/78.
35. Hans Staden, marinero alemán, fué capturado a principios del S. XVI, en el puerto de Santos, por los tupinambás. Liberado de la muerte ritual, fingiendo dolor de muelas lo que no le permitía comer, llegó a una extrema delgadez lo que hizo que los indios perdieran interés de comerlo. De las situaciones que vivió durante su cautiverio, escribió luego en

su patria sus memorias tituladas: "Hans Staden: la verdadera historia y descripción de un país de salvajes gentes desnudas y terribles, comedores de carne humana, que viven en el Nuevo Mundo llamado América. Totalmente desconocidos en Hesse tanto antes como después del nacimiento de Cristo hasta hace dos años, cuando Hans Staden de Hamberg en Hesse tuvo conocimiento personal de ellos y ahora presenta su historia impresa".

36. Blanco Villalta. Ob.cit., pp 86/87.

37. Blanco Villalta. Ob.cit., pp 87/88.

38. Blanco Villalta. Ibid., p. 88.

39. Blanco Villalta. Ibid., pp 88/89.

40. Blanco Villalta. Ob.cit., p. 89.

Los hijos varones eran sacrificados y devorados, recién nacidos o años después. Las mujeres eran reservadas como esclavas, de las cuales tomaban sus hijos para sacrificarlos en las celebraciones.

41. Blanco Villalta. Ibid., pp 95/96/97/98.

Lanzando plumas amarillas y azules sobre las víctimas, los tupiguaranf demostraban su odio y la condena a muerte de los prisioneros.

42. Blanco Villalta. Ibid., pp 98/99/100.

43. Blanco Villalta. Ob.cit., p. 100.

44. Blanco Villalta. *Ibíd.*, p. 100.
La tangapema, hacha de dos filos, recibía también el nombre ibira-pema.
El color negro representaba la muerte y el rojo, la sangre.
45. Blanco Villalta. *Ob.cit.*, pp 103 a 110.
46. Blanco Villalta. *Ibíd.*, pp 110/111/112.
47. Blanco Villalta. *Ibíd.*, pp 112.
48. Blanco Villalta. *Ob.cit.*, p. 113.

CAPITULO IV.

1. Se suponía que las almas no podían cruzar el agua, de esta forma, exhalar el humo hacia el Occidente significaba que las almas de los martirizados no podrían cruzar el océano [Pacífico] para vengarse de la tribu.
2. José Toribio Medina. 1882. "Aborígenes de Chile". p. 152.
3. Diego de Rosales. *Ob.cit.*, p. 123.
4. Ricardo E. Latcham. "Costumbres mortuorias de los indios de Chile y otras partes de América". pp 284/285.

5. Ricardo E. Latcham. "La organización social y..." p. 633.
6. Ricardo E. Latcham. Ob.cit., p. 634.
7. Diego de Rosales. Ibíd., p. 150.
8. Núñez de Pineda. "Cautiverio feliz..." p. 135; p. 200; pp 202-204.
9. González de Nájera. Ibíd., pp 54/55/56.
10. Diego de Rosales. Ob.cit., p. 126.
11. González de Nájera. Ob.cit., p. 56.
12. González de Nájera. Ibíd., p. 56.
13. Diego de Rosales. Ob.cit., p. 126.
14. González de Nájera. Ibíd., p. 54.
15. Nigel Davies. "Sacrificios humanos" pp 279/280.
16. Nigel Davies. Ob.cit., p. 280.
17. Nigel Davies. Ibíd., p. 281.
18. Handbook of American Indians (art. Soul), p. 894. Tomo II. Boletín # 30 de las publicaciones de la Smithsonian Inst.

19. Jesse Walter Fewkes. "The Aborigines of Porto Rico and Neighboring Islands" XXV. Ann.Rep.Bur. of Esth. Washington, 1907.
20. Cieza de León. "Crónica del Perú". Ob.cit., cap. XI.
21. Francisco López de Gómara. "Conquista de México". Segunda parte de la Crónica General de las Indias. Tomo I., p. 350.
22. Francisco López de Gómara. "Historia de las Indias" p. 183.
23. Francisco López de Gómara. Ob.cit. p. 183.
24. Cieza de León. Segunda parte de la Crónica del Perú. Cap. XLVI.
25. Góngora Marmolejo. Ob.cit., pp 57/58.
26. González de Nájera. Ibíd., p. 56.
27. González de Nájera. Ibíd., p. 56.
28. Ricardo E. Latcham. "Costumbres mortuorias..." pp 282/283.
29. Núñez de Pineda. "Cautiverio feliz..." p. 202.
30. Nigel Davies. Ob.cit., p. 291.
31. Nigel Davies. Ob.cit., p. 291.

32. Blanco Villalta. "Ritos canibales..." p. 71.

33. Blanco Villalta. Ibid. p. 72.

34. W. Arens. "El mito del canibalismo" p. 42.

35. Blanco Villalta. Ibid., p. 72.

BIBLIOGRAFIA

1. Fuentes inéditas:

Archivo Nacional: Fondo Gay - Morla Vicuña.
Tomo 1:23.
Tomo 17:163 - 164 - 165.
Tomo 18:40 - 136.

2. Fuentes publicadas:

1. Bibar Gerónimo: Crónica y relación copiosa y verdadera de los reinos de Chile (1558). Ed. de Leopoldo Sáez Godoy. Berlín: Colloquium Verlag. 1979.
2. Cieza de León, Pedro: La crónica del Perú. En biblioteca Peruana. Primera serie. Tomo III. Editores técnicos asociados. S.A. Lima-Perú. 1968.
3. De la Vega, Garcilaso: Sobre la muerte de Pedro de Valdivia. En Colección de Historiadores de Chile y documentos relativos a la Historia Nacional. Vol. 29 Cap. XXIV: 317-318. Imprenta del Ferrocarril. Stgo. 1864.
4. Fernández del Pulgar Pedro: De la muerte de Pedro de Valdivia a manos de los araucanos. En colección de Historiadores de Chile. Vol. 29:93. Imprenta del Ferrocarril. Stgo. 1864.
5. Góngora Marmolejo, Alonso: Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año 1575. En Colección de Hist. de Chile. Tomo II. Imprenta del Ferrocarril. Stgo. 1864.

6. González de Nájera, Alonso: Desengaño y reparo de la Guerra de Chile. En colección de Hist. de Chile. Vol. XVI. Imprenta del Ferrocarril. Stgo. 1889 (escrita en 1614).
7. Gómez de Vidaurre, Felipe: Historia geográfica natural y civil del Reyno de Chile. En colección de Hist. de Chile. Vol. XIV. Imprenta del Ferrocarril. Stgo. 1889 (escrita en 1789).
8. López de Gómara, Francisco: Conquista de México Segunda parte de la Crónica General de las Indias. Tomo I. Ed. Vedia. Madrid, 1884.
9. López de Gómara, Francisco: Historia General de las Indias. Historiadores Primitivos de las Indias. Tomo I. Ed. Vadia, Madrid, 1884.
10. Mariño de Loversa, Pedro: Crónica del Reyno de Chile. En Colección de Hist. de Chile. Tomo VI. Imprenta del Ferrocarril. 1865 (escrita en 1594).
11. Núñez de Pineda y Bascuñan, Francisco: Cautiverio feliz y razón de las guerras dilatadas de Chile. En Colección de Hist. de Chile. Tomo III. Imprenta del Ferrocarril 1869 (escrita en 1673).
12. Olivares, Miguel, de: Historia militar, civil, sagrada de lo acaecido en la conquista y pacificación del reino de Chile. En Colección de Hist. de Chile. Tomo IV. Imprenta del Ferrocarril 1869 (escrita en 1758).
13. Ovalle, Alonso, de: Histórica relación del Reino de Chile. En Colección de Hist. de Chile. Tomo XII y XIII. Imprenta del Ferrocarril. Stgo. 1888.

14. Quiroga, Jerónimo, de: Memorias de los sucesos de la guerra de Chile. Ed. Andrés Bello. Stgo. Chile, 1979. (escrita en 1690).
15. Rosales, Diego, de: Historia general del Reyno de Chile, Flandes Indiano. Tomo I: 121 a 128. Imprenta del Mercurio. Valparaíso, 1877 (escrita en 1674).
16. Staden, Hans: Memorias de Hans Staden: la verdadera historia y descripción de un país de salvajes gentes desnudas y terribles, comedores de carne humana, que viven en el Nuevo Mundo llamado América. Totalmente desconocidos en Hesse tanto antes como después del nacimiento de Cristo hasta hace dos años, cuando Hans Staden de Hamberg en Hesse tuvo conocimiento personal de ellos y ahora presenta su historia impresa. Edición portuguesa. Prensas de la U. de Sao Paulo, Sao Paulo, 1961.

3. Obras generales:

1. Arens, W: El mito del canibalismo, antropología antropofagia. Trad. de Stella Mastrangelo. Ed. Siglo XXI. México 1981.
2. Chalus, Pierre: El hombre y la religión. Investigaciones sobre las fuentes psicológicas de las creencias. Trad. al español por Leonor Paíz. Primera Ed. Ed. Uteha, México, 1964.
3. Davies, Nigel: Sacrificios humanos. Ed. Grijalbo. Barcelona, 1983.
4. Domeyko, Ignacio: La Araucanía y sus habitantes. Recuerdos de un viaje hecho en las provincias meridionales de Chile en los meses de Enero y Febrero de 1845. Segunda Ed. Ld. Fco. de Aguirre, B.A. 1971.

5. Frazer, James: La rama dorada. Magia y religión.
Ed. resumida F.C.E. México, 1944.
6. Godelier, Maurice: Economía, fetichismo y religión en las sociedades primitivas. Trad. de Colla Amoros e Ignacio Romero. Primera ed. Edi. Siglo XXI. México, 1967.
7. Guevara Silva, Tomás: Historia de la civilización de Araucanía. Imprenta Bacells. Stgo. de Chile, 1918.
8. Guevara Silva, Tomás: Costumbres judiciales y enseñanza de los araucanos. Imprenta Cervantes. Stgo. Chile, 1904.
9. Guevara Silva, Tomás: Historia de Chile Prehispánico. Tomos II y III. Imprenta Bacells & Co. Stgo. de Chile, 1927.
10. Latcham E, Ricardo: Costumbres Mortuorias de los indios de Chile y otras partes de América. Soc. Imprenta lit. Barcelona. Stgo. - Valparaíso, 1915.
11. Lévi-Strauss, Claude: Totemism. Trad. de Rodney Needham. F.C.E. México, 1963.
12. Ramón, Armando de: Una metodología colonial para Stgo. de Chile: de la medida castellana al sistema métrico decimal. En: Revista Historia N° 14. Instituto de Historia, Universidad Católica de Chile, Stgo, 1979.
13. Sahlins, Marshall: Tribes. Prentice Hall Englewood Cliffs, New Jersey, 1968.
14. Smith, Edmond Reuel: Los araucanos, notas sobre una gira efectuada entre las tribus indígenas de Chile Meridional. Trad. de Ricardo Latcham, de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía. Ed. Universitaria, 1914.

15. Villalta, Blanco. Ritos canibales en América.
Ed. Futuro B. Aires, 1982.
16. Walter Fewkes, Jesse. The Aborigines of Porto Rico and Neighboring Islands.
XXV. ann. Rep. Bur. of Ethn.
Washington, 1907.

4. Obras específicas:

1. Augusta, Félix José de: ¿Cómo se llamaban los araucanos? Imprenta San Francisco. Valdivia, 1907.
2. Augusta, Félix José de: Lecturas araucanas (narraciones, costumbres, cuentos, canciones, etc.) Imprenta de la Prefectura Apostólica. Valdivia, 1910.
3. Barreto, Oscar: Nguillatún mapuche. Boletín Salesiano, números 183 y 184. B. Aires, 1959.
4. Englert, Sebastián: Lengua y literatura araucana. Folletos araucanos I: 62 - 109. Prensas de la U. de Chile. Stgo. 1936.
5. Faron, Louis C.: Death and Fertility rites of mapuche. Araucanian Indians of Central Chile. Ethnology II: 135 - 155. Pittsburgh.
6. González Vargas, Carlos: Simbolismo en la alfarería mapuche: claves astronómicas. U. Católica, Stgo, 1984.
7. Gutiérrez Tibor, Jorge: Machitún: ceremonia terapéutica mapuche. Tesis. Depto. de Antropología. U. de Chile. Stgo. 1983.
8. Guevara Silva, Tomás: La Etnología araucana en el Poema de Ercilla. Imprenta Barcelona. Stgo. Chile, 1918.
9. Henckol, Karl Otto: Antropología física de los mapuches. Apartado de la Revista universitaria. Número XLIII: 13 - 22. U. Católica de Chile. Stgo. 1958.
10. Joseph Claude, Fray: Costumbres araucanas. Separata de Revista Universitaria. U. Católica de Chile. Números 5-6. Stgo. 1933.

11. Joseph Claude, Fray: Las ceremonias araucanas. Boletín del Museo Nacional de Historia Natural. Tomo XIII: 73 - 95. Stgo. 1930.
12. Keller, Carlos: Religión de los araucanos (MS) sin fecha.
13. Latcham E., Ricardo: La historia natural en los mitos araucanos. Revista chilena de Historia Natural. Número XXVII: 129 - 138. Stgo. 1923.
14. Latcham E., Ricardo: La organización social y las creencias religiosas de los antiguos araucanos. Publicaciones del Museo de Etnología y Antropología de Chile. Imprenta Cervantes. Stgo. 1922.
15. Leiva Orellana, Arturo: Rechazo y absorción de elementos de la cultura española por los araucanos en el primer siglo de la Conquista de Chile (1541 - 1655). Depto. de Antropología. U. de Chile. Stgo. 1977.
16. Medina, José Toribio: Los aborígenes de Chile. Fondo Histórico Bibliográfico José Toribio Medina. Stgo. de Chile, 1952.
17. Medina, José Toribio: Los araucanos y la astrología. Correo del Perú. Número extraordinario: XXI - XII. Lima, 1875.
18. Menghin, Osvaldo: Relaciones trasatlánticas de la cultura araucana. Tall. Graf. Mercus. B. Aires, 1962.
19. Moesbach, P. Ernesto Wilhem de: Idioma Mapuche. Imprenta y Ed. San Francisco. Villarrica, 1962.

20. Munizaga Aguirre, Carlos: Vida de un araucano; el estudiante mapuche Lorenzo Aillapán en Stgo. de Chile, en 1959. Segunda ed. Depto. de Ciencias Antropológicas y Arqueología. U. de Chile. Stgo., Chile, 1971.
21. Oyarzún, Aureliano: Influencias de la cultura de Atacama en la Araucanía. Librería e Imprenta Gil. Lima, 1941.
22. Robles Rodríguez, Eulogio: Costumbres y creencias araucanas. Ediciones de la U. de Chile. Stgo. 1942.
23. Silva Galdames, Osvaldo: Grupos de filiación y territoriales entre los araucanos prehispanos. Cuadernos de historia 5: 7 - 23. Depto. de Ciencias Históricas. U. de Chile. Stgo. 1985.
24. Smithsonian Institut: Handbook of american Indians (art. soul) Tomo II. Boletín 30.
25. Valdivia de, Luis: Arte y Gramática general de la lengua que corre en todo el Reyno de Chile. B.G. Toubner. Leipzig, 1887. (escrito en 1606).